

Elena García

LA MARCA DE SARA R

Agradecimientos

A mi gran inspiración Kenan Engerini, quien ha sacado a lzan de este libro y le ha dado vida. Gracias por ponerle rostro a nuestra adorada Montaña de Carne, pero sobre todo gracias por interactuar con todas nosotras y tenernos siempre presentes.

También al fotógrafo Jason Maddox, que ha sido el encargado, junto a Kenan, de crear las imágenes de portada y contraportada tan fieles a esta historia. Me encantan.

A mi querida Sonia López Souto, por todas esas noches que pasamos en vela planeando millones de cosas. Gracias por estar siempre para mí. Queda pendiente nuestro viaje a Escocia.

A todas mis chicas/os del grupo de Facebook *Elena García (Novelas)* y en especial a quienes se esfuerzan porque haya orden en él. No tengo palabras para agradecer vuestro trabajo.

No me olvido de mis traductoras favoritas. Gracias a vosotras estamos llegando mucho más lejos.

A todas esas personas que me leen en Wattpad y con sus comentarios me animan a continuar, y a quienes me escriben diariamente increíbles mensajes para hacerme saber cuánto han disfrutado de mis obras.

Y, por último, a toda mi familia y amigos por su apoyo incondicional. Me dais la vida.

CAPÍTULO 1

R

Suena el despertador y como siempre soy la primera en levantarme. Las clases empiezan temprano y todavía tengo que conducir varios kilómetros hasta la universidad. Aparto las mantas para salir de la cama y el frío me recuerda rápidamente la situación por la que estamos pasando. Es pleno invierno y no podemos poner la calefacción porque el jefe de mi padre le debe varias mensualidades. Vivir así está siendo muy difícil. Nunca hemos sido una familia adinerada, pero gracias a mi padre siempre hemos podido vivir decentemente. Jamás le ha importado hacer horas extra o trabajar los fines de semana

con tal de que no nos faltara de nada. Incluso hace dos años me compró un pequeño coche para que pudiera desplazarme sin problemas. Vivimos en un pueblo bastante alejado de la ciudad y se me iba el tiempo viajando en autobús. Para nuestra desgracia, lo hemos tenido que poner en venta.

Desde que su empresa cambió de jefe todo es un desastre. El muy sinvergüenza prefiere gastarse el dinero en coches de lujo y fiestas antes que pagar a sus trabajadores. No pueden abandonar el puesto para intentar buscar otro empleo, porque les tiene amenazados y si lo hacen perderán todos sus derechos. Además, debido a la crisis económica que vive el país, es muy difícil encontrar otro trabajo rápido.

He descubierto a mi padre llorando a solas en varias ocasiones. Está tan agobiado que ya no sabe qué más hacer. Mi madre está enferma y apenas podemos comprar sus medicamentos. Hemos visitado a varios asistentes sociales en busca de ayuda, pero parece que no tenemos derecho a ninguna porque mi padre oficialmente está trabajando.

Meto los pies en las suaves zapatillas que tengo preparadas cerca de la cama y me pongo la bata de felpa que me regaló mi abuela sobre los hombros. Al menos así estaré algo más calentita mientras tomo el desayuno. Camino sin hacer ruido para no despertarles y me fijo en que la puerta de la habitación de mis padres está abierta y él no está en la cama. «Qué raro», me digo. Seguramente haya salido de viaje. Están preparando una especie de huelga y últimamente viajan a la capital para reunirse con los abogados del sindicato. Camino hasta la cocina y cierro la puerta. Voy hacia la cafetera y me fijo en que hay una hoja de papel pegada en ella. «¿Estará rota?», me pregunto. La tomo con los dedos y leo lo que pone.

Sara, mi niña, mi preciosa hija mayor... —Arrugo la frente, esto es muy extraño—. Qué orgulloso estoy de ti y de todos tus progresos. Qué feliz me ha hecho verte crecer y descubrir la gran persona en la que te has convertido. Ojalá algún día puedas perdonarme por esto. Ojalá entendáis por qué lo hice y qué me ha llevado a ello. —Mi cuero cabelludo se eriza y un mal presentimiento se clava en mi pecho.

No puedo más, mi niña, no puedo seguir viviendo así. No puedo seguir viendo cómo mamá se niega a medicarse para que podamos comer. No puedo ver cómo después del esfuerzo que estás haciendo finalmente tendrás que abandonar tus estudios. —Mis manos comienzan a temblar.

Ayer me llegó la peor de las noticias. El cartero me entregó una carta y antes de abrirla supe lo que era. Nos han desahuciado... No soporto la idea de que el banco se quede con nuestra casa y os echen a la calle sin nada. Me siento fracasado como padre. No merezco vivir y por eso he tomado esta decisión.

Lo único que te pido es que ayudes a mamá con el papeleo que tendrá que mover a partir de ahora. El estado tendrá que darle una pequeña paga de viuda y podréis seguir viviendo con ella. Al menos me voy sabiendo que tendréis un plato sobre la mesa. Cuida de tu madre y tus hermanos como yo lo he hecho hasta ahora. Os amo con todo mi corazón.

—¡NOOO! —grito asustada y la imagen del hueco vacío de su cama viene a mi mente. Estoy tan bloqueada que no recuerdo dónde está la puerta—. ¡NOOO! —Corro con la intención de salir a buscarle. Sabía que yo leería esa nota primero. Tengo que evitar que haga una locura. No puedo permitir que se quite la vida a la desesperada para que podamos cobrar una ayuda.

Las luces de las habitaciones se encienden. Los estoy despertando a todos, pero no

me importa, necesito llegar hasta él como sea. Abro la puerta de la calle y siento que me ahogo. Jamás el mundo me pareció tan grande. No sé por dónde empezar a buscarle. Lloro angustiada y corro por el jardín. Necesito saber que no está en el cobertizo. Con angustia, descubro que no hay rastro de él. Vuelvo a la casa para coger las llaves del que todavía es mi coche cuando un vehículo con luces azules se para en la puerta.

—Sara. —El padre de Lucas, uno de mis mejores amigos. Es agente de protección civil.

—No, por favor... —Sé lo que va a decirme y camino hacia atrás.

Veo que llega otro coche. Es el que usan los médicos del centro de salud y todas mis sospechas se confirman.

—Traigo una mala noticia...

—NO... vete. ¡VETE! —Me niego a escucharle. Quiero creer que si no oigo lo que viene a decirme no habrá pasado. Se acerca hasta mí y me abraza.

—Lo siento, hija. Lo siento mucho.

Los médicos corren hasta mi madre, que está en la puerta. Todos en el pueblo conocen su estado de salud y saben que toda precaución es poca con ella ante una noticia así.

TRES MESES Y MEDIO DESPUÉS...

—Sara, hija, ¿a qué hora era la entrevista?

—A las cuatro.

—Date prisa o llegarás tarde. Todavía te queda una hora de camino.

—Tranquila, mamá. Está todo controlado... —Salgo de la habitación—. ¿Voy bien? —pregunto mientras me pongo delante de ella.

—Estás preciosa, cariño. —Se acerca a mí y coloca uno de los botones de mi camisa mientras sus ojos comienzan a aguarse. Estos meses sin él están siendo un infierno para todos—. Siento tanto que tenga que ser así... —Llora.

—Mamá, ya hemos hablado sobre esto.

—Lo sé, cariño, pero ni papá ni yo hubiéramos querido esto para ti. Estábamos seguros de que ibas a llegar lejos. Eres una gran estudiante y merecías algo mejor que limpiar casas. —Seca sus lágrimas con un pañuelo de papel y siento pena. Cada día está más débil y delicada.

—Nunca es tarde para eso. —Tomo su delgada barbilla y beso su cara—. Cuando nos vaya mejor podré retomarlo. He hablado con los profesores y van a convalidarme algunas asignaturas si decido volver. —Miro el reloj—. Tengo que irme, prométeme que hoy ya no llorarás más —asiente, poco convencida, y salgo de la casa.

Durante el trayecto le voy dando vueltas a todo. Hemos conseguido alargar el desahucio unos meses más gracias al doloroso dinero que está recibiendo mi madre, pero todavía tenemos una gran deuda que pagar. Mi padre sabía lo que hacía... Dos semanas después de lo ocurrido descubrí que había estado hablando con un abogado el día antes de su muerte y que se había informado de todo. Prácticamente lo preparó. Desde entonces tengo sentimientos encontrados. No sé si amarle por ese gran gesto en el que lo único que demostró fue su amor por nosotros u odiarle por todo el daño emocional que nos ha generado desde entonces.

Varios minutos después aparco en la entrada de la casa donde me harán la entrevista. Desde fuera parece una mansión. Es inmensa y todo se ve muy lujoso. Aliso mi camisa y camino hasta la puerta. Necesito como sea conseguir este trabajo, no me queda tiempo para buscar otro y tengo que pasar la prueba como sea. Aprieto el botón del telefonillo y espero. Tras un largo pitido y sin que nadie pregunte al otro lado, la puerta se abre.

—¿Hola? —le hablo al telefonillo para pedir permiso, pero no obtengo respuesta. Camino despacio hacia el interior y nadie sale a recibirme—. ¿Hola? —vuelvo a decir cuando he avanzado un poco más, pero todo sigue en silencio.

—Buenas tardes. —Alguien habla a mi espalda y me sobresalto. Me giro y veo a un hombre moreno de unos cincuenta años apoyado en una columna de mármol. Tiene los brazos cruzados y parece muy seguro de sí mismo. Lleva puesto un traje blanco y la luz refleja en su cabeza rapada.

—Hola... —contesto. Su presencia me incomoda. Sonríe y no me inspira confianza. Sus ojos repasan mi contorno de una manera extraña y me tenso.

—¿Eres Sara? —Oír mi nombre salir de su boca me produce un escalofrío.

—Sí, señor. —Mi voz tiembla—. Yo... vine para hacer una entrevista... ¿Podría indicarme? Quedé con una mujer llamada Lorena.

—Lorena es una de mis asistentas y quien concertó la prueba, pero con quien hablarás será conmigo.

—Ohm... Disculpe entonces. —Cruzamos miradas e instintivamente bajo la mía. Sus ojos marrones son tan penetrantes que hacen que me sienta diminuta.

—Yo seré quien te explique todo lo que tendrás que hacer. —Se acerca y se detiene detrás de mí. Noto sus ojos pegados en mi cuerpo y mi vello se eriza. Saldría corriendo en este mismo momento, pero me contengo. No puedo hacer eso, necesito el puesto como sea o mi familia se verá en la calle...

CAPÍTULO 2

R

—¿Podría explicarme un poco más acerca del trabajo? —Necesito que esto acabe cuanto antes. El aire comienza a faltarme.

—Claro —dice con media sonrisa y sin dejar de mirarme. Alza su mano y me indica un lugar para sentarme. Me acomodo y espero a que él haga lo mismo en la silla que tengo enfrente—. ¿Has trabajado alguna vez?

—No señor, sería mi primer empleo. Acabo de dejar mis estudios para dedicarme al mundo laboral.

—¿Por qué razón? —Me tenso de nuevo. No esperaba este tipo de preguntas tan personales, pero siento que debo ser sincera.

—Mi padre murió hace unas semanas y en casa hace falta el dinero.

—Lo siento —dice secamente. La expresión de su rostro no va acorde con sus palabras.

—¿Estás sola entonces? —niego con la cabeza.

—Vivo con mi madre y mis hermanos pequeños.

—Oh... —levanta una ceja—. ¿Tienes pareja?

—Señor... —Cambio mi postura, nerviosa, y trago saliva. Temo que mi respuesta no sea de su agrado, pero no puedo callarme—. Creo que esa pregunta no tiene nada que ver con el empleo.

—¡Tiene más de lo que crees! —dice malhumorado y me asusta—. Necesito saber si tienes pensamientos de boda o de tener hijos. Si es así, no podré contratarte. No quiero que cuando lleves trabajando algún tiempo para mí y empieces a ser eficiente te largues y me dejes tirado.

—Ohm... perdone. —Me siento idiota. No debo ser tan desconfiada. Tiene razón—. No tengo pareja ni intención, por el momento. —Sonríe de nuevo y me relajo. Parece que se ha quedado conforme con mi respuesta.

—¿Te habló Lorena del sueldo? —asiento. Cuando esa mujer me dijo lo que cobraría no podía creerlo. Es casi el doble de lo que ganaba mi padre—. ¿Sabes limpiar y cocinar?

—Sí. Llevo haciéndolo desde que era pequeña. Mi madre está enferma y siempre que puedo me hago cargo de la casa.

—¿Tienes disponibilidad para viajar?

—Muy poca, señor. Como ya le comenté, mi madre no está bien y necesita atenciones. —Arruga su frente, pensativo.

—Pídele a alguien que cuide de ella. Cobrarás el doble cada vez que tengas que salir del país y podrás costearlo.

—¿El doble? —digo sorprendida. Es mucho dinero—. Si es así, no creo que haya problema. Conozco a alguien que podría hacerse cargo mientras yo no estoy. —No puedo dejar pasar esta oportunidad. Podré pagar nuestras deudas y mis hermanos tendrán un

futuro si lo consigo. Tengo que hacérselo entender a mi madre.

—Tengo varias propiedades en otros países y tendremos que desplazarnos con frecuencia. ¿Tienes pasaporte?

—No tengo nada de eso. Nunca he viajado fuera de España.

—Entonces necesitarás varios documentos para que podamos hacer la compra de tus pasajes. Imagino que si estás mal económicamente no podrás hacerte cargo del coste que eso implica. Por ello te haré un adelanto económico que me devolverás con tus primeros ingresos. —Me sorprende su confianza hacia mí—. ¿Cuándo podrías empezar? —Se echa hacia atrás y cruza los brazos. Siento su mirada en mis pechos y cruzo los míos disimuladamente.

—Podría empezar hoy mismo si usted lo cree oportuno. —Cuanto antes me incorpore antes llegará mi sueldo y estaremos más desahogados.

—Empiezas el lunes. —Mi corazón comienza a latir con fuerza.

—¿Eso quiere decir que me contrata?

—Así es. Vas a estar en período de prueba durante quince días. Si haces bien tu trabajo te alargaré automáticamente el contrato.

—Gracias, señor. —No puedo aguantar la emoción y sonrío ampliamente. Clava sus ojos en mi boca y dejo de hacerlo. Espero que sea un hombre de negocios y se mantenga ocupado la mayor parte del tiempo. Su presencia me intimida demasiado.

Firmo el precontrato, nos despedimos y quedamos para el día acordado. Es tanta mi alegría que tengo ganas de gritar. Me han contratado y estoy deseando contárselo a mi madre. Subo al coche, pongo música y cuando empiezo a salir marcha atrás del aparcamiento choco bruscamente contra algo.

—¡JODER! —Alguien grita. Asomo la cabeza por la ventanilla y descubro que he golpeado a otro vehículo. Hay cristales en el suelo y nuestros faros están destrozados.

—¡Dios mío! —Abro la puerta y salgo del coche—. ¿Estás bien? —No estaba prestando la atención necesaria debido a mi entusiasmo por la noticia.

—¡TÚ QUÉ CREES! —Oigo salir una voz del vehículo, pero no veo a nadie. Su ventanilla está bajada a la mitad.

—De verdad que lo siento, no te vi... yo... —La puerta se abre y lo primero que llama mi atención es su cabello. Es castaño y lo lleva recogido en una minúscula coleta. A medida que va apareciendo su cuerpo ante mis ojos voy quedando petrificada. Es tan grande que parece una montaña. Una gran montaña de carne. Me aparto porque tengo la sensación de que necesita más espacio para ponerse en pie.

—¡VAYA MIERDA! —Se pone las manos en la cabeza cuando ve el destrozo—. ¡Acababa de sacarlo del taller...! ¿POR QUÉ COJONES NO MIRAS POR DÓNDE VAS? —Me habla con rabia y no me gusta.

—Te estoy diciendo que no te vi. ¿Qué quieres que le haga? —Me mira con el ceño fruncido y descubro sus ojos. Son tan negros y profundos que parecen estar marcados con algún perfecto delineador.

—¿Estar en lo que estás? ¡A saber en qué coño ibas pensando! Deberían quitarte el carné.

—¿Tú nunca cometes errores? —Me cabreo. Sus pupilas negras se clavan en las mías y por un momento deja de hablar.

—Cual... cualquier día... —continúa como si estuviera pensando en otra cosa—. Cualquier día matarás a alguien...

—Pues procura no ponerte delante de mí. —Camino hacia el coche y saco una de las tarjetas del seguro. Se la lanzo—. Habla con ellos, se harán cargo. Yo paso de seguir tratando de dialogar con un gilipollas como tú.

—¿Encima de imprudente te haces la ofendida? —Siento calor en la cara y le saco mi dedo corazón sin miramientos.

—Sube aquí y pedalea, payaso. —Volteo mi cabello dignamente hacia un lado y me marchó. Me acomodo en el coche y cierro dando un portazo. Pito repetidas veces para que se aparte y puedo ver por el retrovisor cómo mueve sus manos alterado, pero me da igual. He intentado preocuparme por él y se ha portado como un idiota. Cuando se retira y por fin puedo salir de allí acelero, dejando una estela de humo negro. «Que se joda», digo mentalmente.

Por suerte todavía no ha anochecido y no es necesario que encienda las luces. Debo llevarlo al taller cuanto antes. Podrían multarme si descubren que estoy circulando así, y ahora ya es lo que me faltaba.

Cuando llego dejo el coche cerca de la casa y corro hasta el interior. Estoy deseando darle la noticia a mi madre.

—¡Sara! —me giro.

—¡Lucas! —camino hacia él—. ¿Qué haces por aquí? —Vive en la otra punta del pueblo.

—Vine a ver qué tal te había ido —sonríe. Ha estado ayudándome mucho todas estas semanas. Con cada oferta de trabajo que encontraba me enviaba un mensaje.

—¡Lo conseguí! —digo levantando las manos—. ¡Lo conseguí, Luc! ¡Estoy muy feliz!

—¡Sííí! —Me abraza—. ¡Enhorabuena, Sara! Sabía que lo lograrías. No podías tener tan mala suerte. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes. Pero antes quiero hablar con mi madre. Es posible que tenga que viajar y podría ser un impedimento para ella. Ya sabes cómo está.

—¿Viajar?

—Sí... según me ha comentado él... el dueño —digo pensativa— tendré que viajar con ellos de vez en cuando.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—No lo sé —me encojo de hombros y vuelvo a quedarme pensativa.

—Qué extraño —dice mirando al vacío—. ¿No se ha presentado?

—Quizás sí y no lo recuerdo. Estaba tan nerviosa que apenas recuerdo nada de lo que hemos hablado.

—Deberías averiguar su nombre cuanto antes —ríe—. ¿Cómo le llamarás cada vez que tengas que dirigirte a él?

—¿Señor?

—De momento te servirá, pero fíjate en su buzón antes de entrar el lunes —reímos los dos—. Por cierto —achina los ojos y observa algo detrás de mí—, ¿qué le ha pasado a tu coche?

—Un imbécil —me mira extrañado—. Bueno, realmente la imbécil fui yo, que no le vi. Pero cuando traté de solucionarlo se puso borde. Así que le dejé el número del seguro y me largué.

—Bien hecho, entonces. —Pestañea—. ¿Pero cómo le va a explicar a la aseguradora quién eres?

—Si ha sido listo tendrá apuntada mi matrícula. Si no, que le den

—volvemos a reír.

Pasados unos minutos se marcha. Tiene que entregar un trabajo en la universidad donde estudiábamos y no puede quedarse más tiempo.

—¡Hola, mamá! —digo cuando entro al salón, y se dibuja una sonrisa en su cara. Intuye que ha ido bien. Nunca puedo esconderle nada.

—Hola, cariño. Cuéntame, aunque por la cara que traes... solo pueden ser buenas noticias.

—¡Estás en lo cierto! —Me siento a su lado y le tomo la mano—. Estamos muy cerca de poder solucionar nuestros problemas. He firmado el precontrato esta tarde.

—¿Te gustaron las condiciones? —me mira atenta. Sus ojos brillan.

—Sí... y no... pero no podía dejar escapar algo así. Solo hará falta un poco más de sacrificio y podremos tener una vida como merecemos.

—Cuéntame, hija. ¿Cuál es la parte que no te gusta?

—Estar algunas temporadas apartada de vosotros... —bajo la mirada y espero su respuesta.

Me cuesta más de media hora tratar de convencerla, pero finalmente parece que lo consigo, o eso me hace creer. No le hace ninguna gracia que tenga que salir del país, pero entiende que es una buena oportunidad para todos. Sabe que mis hermanos necesitan un futuro y por mi inexperiencia no podré encontrar otra cosa mejor. Es mucho dinero y no podemos permitirnos decir que no.

R

El sábado por la mañana ya está mi coche reparado. El mecánico era amigo de mi padre y me deja pagar el arreglo a plazos. Sabe que, aunque tarde, me haré cargo. Durante el fin de semana lo preparo todo para el que será mi primer día. Dejo preparada la comida para mi familia y las ropas planchadas de mis hermanos para el colegio. Apenas puedo dormir pensando en si seré capaz de dar la talla, pero tengo que pasar la prueba aunque me deje la piel en ello.

El lunes llega antes de lo que esperaba, y para colmo me levanto con cólicos menstruales. Odio que cada vez que tengo algo importante mi período decida adelantarse.

Conduzco con cuidado. Desde mi percance con la montaña de carne tengo miedo de que me vuelva a pasar algo parecido. Llego hasta la casa y aparco. Tomo una gran bocanada de aire y me dirijo hasta la puerta. Antes de presionar el telefonillo miro el buzón, y con extrañeza descubro no hay ningún nombre en él.

CAPÍTULO 3

R

Al igual que la primera vez, la puerta se abre sola nada más tocar el pequeño botón. Miro por todas partes buscando una cámara, pero no la encuentro. ¿Siempre abren así en esta casa? Deberían tener más cuidado... cualquier día podría entrar un ladrón y se llevarían un gran susto.

Camino por el frío pasillo y todo está en silencio. Busco con la mirada, pero no parece haber nadie. Todo esto es tan extraño...

—Buenos días, Sara. —Me giro. Otra vez ha vuelto a asustarme. Si hace esto a menudo no tendrá demasiadas visitas.

—Buenos días, señor —le saludo.

—Has sido puntual. Eso me gusta. —De nuevo sus ojos están fijos en mi cuerpo.

—Es lo correcto —fuerzo una sonrisa.

—Ven conmigo, te enseñaré la casa. —Le sigo. Su espalda es enorme y su cintura estrecha. Aunque es mayor, puedo apreciar que se cuida.

Cada habitación en la que entro es más lujosa que la anterior. Todo está muy ordenado y limpio. Cuando llegamos a la cocina me doy cuenta de que hay alguien más allí y respiro aliviada. Al menos eso me tranquiliza. Es una chica morena con el cabello largo y parece estar cortando algo de espaldas a nosotros.

—Hola —digo en alto y la chica se gira.

—Hola —sonríe cuando me ve.

—Ella es Ana —dice mi jefe a modo de presentación—. Ana, esta es Sara, tu nueva compañera. —Se dirige a ella—. Como tú ya sabes cuál es el trabajo, os dejo a solas para que os organicéis y repartáis las tareas —Ana asiente mientras se seca las manos con el delantal y el dueño de la casa se marcha.

—Este hombre es muy raro, ¿verdad? —susurra mientras asoma la cabeza por la puerta y mira como se aleja.

—Un poco —sonríe. No quiero hablar mal de mi jefe el primer día y menos con una desconocida—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —pregunto.

—Empecé ayer. —Levanto las cejas, sorprendida.

—Vaya. Creí que...

—¡Qué va! —No me deja terminar—. Me contrató la semana pasada. Me gustaron las condiciones y acepté el empleo —sonríe.

—Oye. ¿Puedo hacerte una pregunta? —digo algo avergonzada.

—Claro.

—¿Cómo se llama el jefe?

—No tengo ni idea. —Mis ojos se abren. No lo puedo creer—. ¿Y si te digo que yo pensaba hacerte esa misma pregunta? —ríe.

—¿En serio? ¿Tú tampoco lo sabes?

—No. Y a estas alturas me da vergüenza preguntarle. No quiero que piense mal de mí. —Me siento aliviada al ver que no soy la única.

—¿De dónde eres? —Su acento no es madrileño.

—Soy de Barcelona.

Un par de minutos después descubro que tiene un año más que yo, que se ha desplazado hasta Madrid por cuestiones de trabajo y que su situación económica no dista mucho de la mía.

Nos ponemos manos a la obra. Organizamos una especie de cuadrante y empezamos. Hoy me tocan los baños y el salón mientras ella prepara la comida. Cuando acabe se

encargará de las habitaciones y yo de lo demás. Mañana será a la inversa.

Limpio los baños como hemos acordado. Espejos, lavabos, bañeras... todo está impecable, pero de igual manera lo hago. No quiero que entre el jefe y me vea parada. Acabo pronto y continúo con el salón. Retiro todas las figuritas de la estantería con cuidado. Parecen demasiado caras y tengo miedo de que se me caigan. Seguro que cada una de ellas cuesta más que todo mi sueldo de un mes. Paso el paño para eliminar el polvo de las baldas y mientras lo hago miro varias veces hacia atrás. El vello de mi espalda se eriza continuamente. Tengo la impresión de que alguien me está observando, pero no hay nadie en la sala conmigo. Me fijo en el techo y veo algo moverse en mi dirección. Estoy segura de que se trata de una cámara. «Al menos las tienen dentro», me digo.

El sonido de un teléfono me sobresalta y dudo por un momento. No sé si debería cogerlo. Después de tres tonos, se corta. Sigo limpiando y un minuto después alguien habla.

—Papá —oigo pasos—. ¡Papá! —Nadie contesta. Cada vez está más cerca y parece cabreado—. ¡PAPÁ, JODER! —grita.

—¿Qué pasa, hijo? —responde mi jefe. Acabo de descubrir que tiene un hijo y por la voz ya no es un niño. Están justo detrás de la pared que tengo a mi lado y no puedo verles.

—Ha llamado un tal Torres. Dice que es comisario y no sé que pollas. Ha dejado su número para que le llames cuanto antes. Según él, es importante... por no sé qué de una investigación. —Hace una pausa—. ¿Ha pasado algo? —Su voz parece sexy y siento curiosidad.

—No —dice mi jefe secamente—, ¿por qué iba a pasar algo? Seguro que es una confusión. Luego me pongo en contacto con él y lo soluciono. —Oigo como se alejan.

Las horas pasan y al no estar acostumbrada a tanto esfuerzo cada vez me siento más cansada. Miro el reloj continuamente esperando a que llegue la hora y Ana se da cuenta.

—Un día duro, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Esta casa es enorme.

—Sí que lo es... yo estoy igual. Quiero irme ya. Necesito una ducha caliente y tumbarme en mi sillón favorito mientras veo una película.

—¿Cansadas, señoritas? —Nuestro jefe entra por la puerta y nos sorprende. Las dos nos tensamos al instante—. Vengo a decirles que viendo el buen trabajo que han hecho hoy, no hará falta período de prueba. Ambas lo han pasado. —Mi corazón comienza a saltar fuertemente y pongo mi mano sobre él para calmarle. Trato de no parecer demasiado entusiasmada y respondo.

—Gracias, señor —Ana responde con las mismas palabras y nos miramos, cómplices. Tenemos la misión de averiguar su nombre.

—Necesito que arregléis ya vuestros papeles para que podáis viajar. En una semana nos vamos. Han surgido algunas cosas y debo marcharme. —Toda mi felicidad desaparece en ese momento. Es demasiado pronto y no estoy preparada mentalmente. Pienso en mi madre y en su reacción cuando se lo diga, y mi estómago se hace un nudo.

—No hay problema —dice Ana sonriente. Yo prefiero no contestar.

—¿Tú tienes algún problema, Sara? —Sus ojos se clavan en los míos y me pongo nerviosa. Parece haberse dado cuenta de que algo no está bien en mí.

—Yo... es que... no sé, señor. Creo que es demasiado pronto para mí...

—¿Cómo? —Su tono cambia—. ¿Estás diciendo que ahora no puedes? ¡Sabías a lo que venías desde el principio! —me grita—. Si no estás conforme o no vas a hacer lo que

te pido, ¡ahí tienes la puerta! —La señala. Siento pánico a perder mi trabajo y respondo como puedo.

—Discúlpeme. No habrá problema.

—Así me gusta. Buena chica —sonríe—. Mañana en vez de venir aquí, dirigió directamente a las oficinas de tramitación. Os esperaré allí y solicitaremos los pasaportes —me mira y asiento. No quiero que note duda en mí. Tengo que hacer lo que sea para que no me despida—. Podéis iros —dice antes de salir de la cocina, y suelto todo el aire de mis pulmones. Es justo lo que necesitaba oír.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Ana—. Estás muy pálida.

—Sí, tranquila —respondo tratando de reponerme—. Es solo que tengo que dejar varios asuntos arreglados antes de poder salir del país y temo que no me dé tiempo.

—Entiendo —dice la chica mientras recoge sus cosas—. ¡Hora de irse! —levanta las cejas—. Mi sillón me espera.

En la acera me despido de ella y camino hasta mi coche. Vuelvo a sentir esa desagradable sensación de que alguien me observa, y al girarme descubro a mi jefe asomado en la ventana y mirando en mi dirección. Ese hombre me da escalofríos.

Cuando llego a casa, y antes de terminar de aparcar, veo a Lucas, que está esperándome de nuevo. Quiere saber cómo me ha ido.

—Hola, Luc —le saludo mientras cierro el coche.

—Hola, guapísima. —Se acerca a mí—. ¿Qué tal el día?

—No sé muy bien cómo definirlo. —Me encojo de hombros.

—Vaya. Otra vez igual. ¿Y eso?

Nos sentamos en uno de los escalones y le cuento lo ocurrido. Se muestra disgustado cuando le explico que me gritó y estuvo a punto de echarme. No le gusta que me hablen de ese modo, dice que es una falta de respeto hacia sus empleados y que no debería permitirlo. Además de eso, me asegura que hay cosas que no le cuadran. He de admitir que a mí tampoco, pero prefiero no decírselo. Sería peor y se pondría más pesado. Aun así, insiste en que debería buscar otro puesto. Por supuesto, me niego. No puedo dejar pasar esta gran oportunidad.

—Tengo que irme. —Me pongo en pie—. Mañana salgo temprano y me queda poco tiempo para arreglar la casa y preparar todo lo que necesita mi familia para mañana.

—Está bien. —Suspira y se levanta. Está disgustado y no trata de disimularlo—. Sara... —pone su mano en mi mejilla—, si algo de esto no te gusta, no tienes por qué aguantar. Siempre podemos encontrar otra cosa. Yo podría ayudaros hasta entonces. Trabajo los veranos y tengo algo de dinero ahorrado...

—No, Luc. Eso no lo permitiré.

—Sara, haría cualquier cosa por ti. —Sus ojos brillan y me doy cuenta de que su mirada es distinta.

—No puedo dejar que hagas eso. Trabajas de sol a sol todos los veranos para poder comprarte el coche que tanto quieres.

—Necesito hacerlo —me interrumpe—. Desde hace semanas mi prioridad es otra. — Esa respuesta no la esperaba. Parece otra persona.

—Luc... —No deja que termine. Pone sus suaves labios sobre los míos y me besa. Me quedo inmóvil. Nunca había dejado que nadie se acercara a mí de esta manera. Es la primera vez que un chico me besa y no sé reaccionar. Cierro los ojos y lucho por no apartarme. La humedad de su boca es agradable, pero siento que estoy besando a un

hermano. Se retira lentamente y me mira.

—Sara —susurra—, llevo tiempo intentando decirte esto. —Abro los ojos para prestarle atención—. Estoy enamorándome perdidamente de ti —inspira—. No espero que me correspondas... Bueno, sí, pero entendería que no lo hicieras.

—Lucas, yo... —Trago saliva, todavía no he procesado lo que acaba de ocurrir—. No sé ni dónde estoy ahora mismo. Deja que me reponga y hablamos mañana. Descansa.

Le dejo solo y camino a toda prisa hasta la casa. Abro la puerta buscando alivio, y antes de encontrarlo mis hermanos salen a mi encuentro. Según me explican, mi madre no ha pasado buen día y han tenido que avisar al médico. Entro al salón y al preguntarle me dice que está mejor. Insiste en saber sobre mi día y solo le cuento la parte más suave. Por supuesto omito lo de los viajes para evitar que se disguste. Ya lo haré más adelante.

Paso la noche en vela dándole vueltas a todo. Lucas y su declaración. La necesidad de entrar dinero en casa, los cuidados y la medicación de mi madre, los estudios de mis hermanos... Todo me lleva a lo mismo, no puedo echarme para atrás. A las 7 de la mañana suena el despertador y lo apago al primer toque, no he podido de pegar ojo ni un momento. Me visto rápidamente y salgo de casa con dirección a la oficina de tramitación. Cuando llego allí, mi jefe ya está esperándome y Ana todavía no ha llegado.

—Buenos días, Sara.

—Buenos días, señor. —Bajo la mirada. De nuevo está repasándome con los ojos. Se acerca tanto que puedo notar su olor y reprimo unas náuseas.

No hablamos nada más hasta que llega mi compañera.

—¡Hola! —dice algo sofocada—. Esto está horrible para aparcar hoy. Lamento el retraso.

—No importa —dice seriamente nuestro jefe mientras empezamos a caminar hacia el interior.

CAPÍTULO 4

R

Cuatro horas después terminamos con el papeleo. Cuando salimos, cada uno se dirige a su coche y volvemos a la casa. Hay un vehículo aparcado en doble fila y no puedo salir del aparcamiento. Toco el claxon continuamente, y por fin, 10 minutos después, acude el dueño. No parece muy contento y lo retira protestando. Qué difícil es circular algunas veces con conductores tan idiotas. Con lo fácil que es hacer las cosas bien desde el principio...

Pongo un poco de música para calmarme y conduzco hasta mi lugar de trabajo. Al llegar veo que el jefe está en la puerta mirando a todos lados y me inquieto. Temo que me caiga una bronca por haber llegado tarde.

—Siento la demora —digo mientras camino hacia él. No contesta—. Alguien aparcó obstaculizándome y no pude llegar antes.

—Está bien. Entra. —Se retira y camino hacia el interior. Trato de no mover demasiado las caderas cuando noto que viene detrás.

—Papá. —Oigo al chico de ayer hablar a mi espalda y acelero el paso. Mientras le entretiene puedo llegar a la cocina sin sentir su intimidante mirada en mi trasero.

—¿Qué quieres? —Su tono es serio. Parece que le ha molestado que le interrumpen.

—Vengo del taller. No me dejan sacar el coche de allí si no está a mi nombre. Tendrás que ir tú a recogerlo

—¡Estoy hasta los cojones de tener que solucionar tus mierdas!
—Le oigo gritar al padre.

—¡Ya te dije que no fue mi culpa! —replica el hijo—. La idiota de la que te hablé se me echó encima y no pude hacer nada. Debieron regalarle el carné en una tómbola.

«Cómo están los conductores en Madrid últimamente», me digo. Parece que no es solo a mí a quien le pasan este tipo de cosas. Cada vez que pienso en cómo me gritó el gilipollas del otro día después de preocuparme por él... me cabrea.

Dejo de oírles cuando me alejo. Entro en la cocina y un rico olor abre mi apetito haciéndome sentir hambre al instante.

—Hola, Ana —saludo—. ¿Qué preparas?

—Estofado de carne —sonríe. Me acerco a la olla e inspiro profundamente.

—Huele delicioso.

—Es para el hijo del jefe —susurra—. ¿Le has visto? Es guapísimo. —Abre los ojos para exagerar su frase.

—Le he oído hablar pero todavía no he tenido oportunidad de verle la cara.

—Creo que practica algún tipo de deporte. Tiene unos músculos impresionantes y me ha dicho que necesita proteínas para mantenerlos.

—¿En serio? —Siento curiosidad.

—Oh, sí... —Vuelve a abrir los ojos—. No me importaría llevarme a uno de esos a la

cama.

—¡Qué burra! —Me sonrojo.

—¿Burra? ¿Acaso tú no te acuestas con los tipos que te gustan?

—No. —Vuelvo a sonrojarme—. Todavía no he practicado sexo con nadie.

—¿¡Eres virgen a los veinte!?! —dice con sorpresa.

—Estoy esperando al indicado. —Me encojo de hombros.

—Uff... has leído muchos libros, reina. Los príncipes azules no existen.

—Me gusta pensar que sí —sonríe y comienzo a preparar algunas cosas.

Diez minutos después, el guiso está listo.

—¿Por qué no se lo llevas tú? —Levanta las cejas pícaramente y me acerca la bandeja—. Está esperando en el salón. —Lo pienso por un segundo, pero finalmente acepto. Quiero verle y saber si es tan guapo como asegura.

Camino con cuidado para no derramar nada. Ana ha llenado demasiado el plato y el líquido amenaza con salirse en cualquier momento. Levanto la mirada un segundo cuando estoy llegando para calcular la distancia y vuelvo la atención rápidamente a la bandeja. Está de espaldas y solo he podido distinguir una gran silueta. Cuando estoy lo suficientemente cerca, saludo.

—Buenos días, le traigo su comida. —Estiro los brazos para ponerlo sobre la mesa con la intención de echarle un vistazo después, pero no me da tiempo, un fuerte grito me sobrecoge.

—¿¡TÚ!?! —Trato de mantener el equilibrio, pero ya es demasiado tarde, la mayor parte del contenido está en su ropa. Se pone en pie violentamente y separa la camiseta de su cuerpo para no quemarse—. ¡JODER! ¡MIERDA!

—¡Dios mío! —digo sin pensar y tomo la servilleta para ayudarlo—. Lo siento. Lo siento mucho... —Sé que me despedirán después de esto.

—¿QUÉ COÑO HACES TÚ EN MI CASA? —Levanto la vista extrañada por su frase, y mi sangre se hiela cuando le veo.

—No puede ser... —digo al darme cuenta de quién es. Ahora sí que está todo perdido.

—¡LÁRGATE DE AQUÍ! —Señala a la puerta. Cuando estoy a punto de salir corriendo alguien habla a nuestra derecha.

—¿Qué está pasando aquí? —Los dos nos giramos a la vez. Es su padre.

—¡Esta es la tipa que rompió tu coche y se dio a la fuga para evitar pagar! —grita mientras me señala ahora a mí—. ¿Por qué cojones está en casa? —Mi corazón comienza a bombear con fuerza y espero la frase final.

—¿Pagarás tú los gastos? —le pregunta malhumorado.

—No —responde secamente. Parece que la montaña de carne no esperaba esa respuesta.

—Pues como no serás tú, cállate la puta boca. —No puedo creerlo... ¿Mi jefe me está defendiendo?

—¿Desde cuándo das la cara por una mujer? —le acusa—. ¿Acaso has encontrado en esta algo diferente? ¿Te has cansado ya de tus putas? —Por lo que acabo de oír, intuyo que debe de ser un hombre con muchas mujeres alrededor. Es lo que tiene el dinero.

—¡He dicho que te calles! —grita.

—¡Dios! —Levanta las manos—. ¡Vine hace tan solo unos días y ya estoy deseando largarme! —Da media vuelta y se marcha.

—Recoge todo esto y continúa con el trabajo. —Sus labios son una línea recta.

—Yo... —intento disculparme—. Lo siento mucho, señor, no sabía...

—No te he pedido explicaciones. Limpia todo esto. —Me deja sola.

Las manos me tiemblan mientras hago lo que me ha pedido. No puedo creerme que la montaña de carne con la que choqué sea el hijo de mi jefe. Presiento que mis días están contados aquí. Como me aconsejó Luc, debo buscar otro empleo.

Cuando lo llevo todo a la cocina, Ana parece saber lo que ha pasado.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupada.

—Podría estar mejor —digo mientras resoplo.

—He oído los gritos... todos los hijos de los ricos son igual de gilipollas, no te preocupes. Les dan todo hecho desde que nacen y se creen los reyes y el ombligo del mundo. — Fuerzo una sonrisa. No me siento con ánimo de hablar sobre ello.

Cambio algunas tareas con mi compañera para evitar salir a las zonas comunes. No quiero encontrármelo de nuevo. Todavía estoy demasiado nerviosa y mi corazón no aguantaría otro asalto más.

Ya es la hora de volver a casa, pero antes de irme llevo una cesta de ropa sucia a la zona de lavandería. Lo pongo todo en una de las lavadoras y la conecto. Cuando la máquina comienza a dar vueltas me quedo mirando al vacío, pensativa. Quizás debería disculparme de nuevo y tratar de que me escuche. Es muy incómodo trabajar así. Doy media vuelta para salir del cuarto y choco con algo mojado que antes no estaba ahí. Cierro los ojos por el impacto y lo primero que percibo antes de abrirlos es un agradable y fresco aroma.

—¿Vas a hacer de esto una costumbre? —Me aparto rápidamente al oír su voz.

—Lo siento... —Apenas me atrevo a mirarle a la cara. Trae una bola de ropa en sus manos y está prácticamente desnudo. Solo lleva puesto un bóxer blanco e intuyo que acaba de salir de la ducha.

—¿No tienes casa? —dice secamente.

—Estaba a punto de marcharme —respondo mirando al suelo.

—¡Pues lárgate ya! —El pulso se me acelera y siento unas increíbles ganas de gritarle, pero me contengo. Prefiero tratar de solucionar esto antes de que vaya a más.

—Lo que pasó el otro día... —Me mira y me pongo más nerviosa. No esperaba que me prestara atención—. Le diré al señor que me descuente de la nómina los gastos. Estuvo mal que me fuera así. —Necesito salir del cuarto, no me gusta tenerlo delante, y menos aún sin ropa.

—Por supuesto que estuvo mal, y claro que se te descontará. —Lanza la bola de ropa que trae contra el suelo y pone un dedo muy cerca de mi cara—. Deberías empezar a hacer horas extras, porque ni con tu primer sueldo conseguirás pagar lo que cuesta ese arreglo.

—Así lo haré. —Mis ojos se humedecen. Me esfuerzo para evitar que note que estoy a punto de llorar, pero parece darse cuenta.

—¿Dónde está tu dedo corazón ahora? —Se lo enseñaría con todo el gusto del mundo, pero al pensar en mi madre y mis hermanos me contengo.

—¿Podemos olvidar esto? —digo en su lugar—. Acabo de aceptar lo que pides y me he disculpado. Me parece injusto que sigas machacándome cuando ya has ganado.

Oigo como suelta todo el aire por la nariz. Levanto la mirada, le noto más calmado y sus ojos se clavan en los míos.

—¿Cómo te llamas? —Cruza los brazos. Dudo, pero finalmente contesto. Parece

buena señal.

—Sara.

—¿Cuántos años tienes, Sara?

—Veinte. —Cargo el peso de mi cuerpo de un pie a otro, nerviosa. No sé a dónde quiere llegar con estas preguntas.

—No lo puedo creer —dice negando con la cabeza—. Cada día se las busca más jóvenes... —Arrugo las cejas, confusa.

—¿Perdón?

—Nada. Ya eres mayorcita. Tú sabrás lo que haces. —Se marcha sin más explicaciones.

CAPÍTULO 5

R

No entiendo muy bien a qué se ha referido la montaña de carne con lo de que ya soy mayorcita y sabré lo que hago, pero esto empieza a no gustarme. ¿Acaso cree realmente que estoy liada con su padre, como ha dado a entender? Sacudo la cabeza para eliminar ese pensamiento. El simple hecho de imaginarlo me produce náuseas.

Recojo la ropa que ha dejado tirada por el suelo y la meto en uno de los cestos para lavarla mañana. Mi hora pasó hace rato y tengo que volver a casa. Mi familia me espera.

De nuevo, al salir en busca de mi coche, siento esa desagradable sensación en mi nuca. Con disimulo miro hacia las ventanas y descubro que mi jefe vuelve a estar asomado a una de ellas. Puedo ver su mano sujetando la cortina y su cabeza pegada al cristal. Algo me dice que debería alejarme de aquí, y desde ya mismo estoy empezando a planteármelo. Si la situación era incómoda solo con el jefe, ahora con el añadido de su hijo es mucho peor. En cuanto llegue a casa llamaré a Lucas para que me ayude y enviaré varios currículums a empresas de limpieza. Con mi poca experiencia, es a lo único que puedo optar.

Cuando entro a casa los tres están viendo la televisión.

—Hola, hermanita —susurra Carlos para no despertar a Eric, que está plácidamente dormido en el sofá. Le saludo con la mano y sonrío.

—¿Cómo estás hoy, mamá? —Me siento a su lado y se aparta para dejarme más espacio.

—Hoy estoy mejor, hija. La medicación que me inyectaron ayer parece que me está ayudando.

—Me alegra mucho oír eso. —Beso su frente con cariño.

Hace varios años que le diagnosticaron esclerosis múltiple y desde entonces no hemos parado de buscar soluciones. Para nuestra desgracia, todavía no han encontrado una cura y es muy duro ver cómo se consume sin que podamos hacer nada. Mis horas libres en la universidad las pasaba conectada a internet, en la biblioteca, buscando un medicamento milagroso o alguna noticia de avances médicos, pero nunca encontraba nada. Aun así, no pierdo la esperanza. Me niego a pensar que esto tenga que ser así.

—¿Qué tal fue el día?

—Bien —sonrío, pero no puedo escondérselo. Definitivamente las madres tienen un radar.

—Sara. Si no te sientes cómoda es mejor que renuncies. —Pone la mano sobre mi pierna y su calor traspasa mi pantalón—. He trabajado durante muchos años y puedo asegurarte que cuando no estás cómoda se convierte en una tortura diaria, y antes estás tú que eso.

—Es solo hasta que me adapte —sonrío de nuevo. Esta vez tratando de ampliar más la curvatura de mi boca—. Estoy algo decepcionada, no te lo voy a negar. —Pongo mi

mano sobre la suya—. Tenía una idea equivocada de lo que era estar empleada. Como todo el mundo lo hace... me parecía un camino de rosas, pero no es tan fácil como pensaba.

—Ojalá sea eso hija —dice mi madre mientras baja la mirada.

—Seguro que sí. —Me pongo en pie—. Voy a preparar la cena y las cosas para mañana.

Cuando termino teléfono a Luc y en quince minutos está en casa. Le explico mi decisión y nos ponemos a buscar nuevas ofertas en su ordenador portátil.

—Mira este —pone el dedo en la pantalla—. Lo han publicado hace dos minutos y es en el pueblo. Buscan una persona para pasear y cuidar a una anciana. No es mucho, pero podría servir por el momento.

—¡Genial! —Anoto el número y llamo. No quiero arriesgarme a que otra persona se me adelante. Luc me mira atento mientras hablo—. ¡Sí! —digo cuando cuelgo y levanto el brazo en señal de victoria.

Les corre prisa, ya que la persona que estaba antes se fue sin avisar y acordamos vernos en media hora para hablar. La hija de la anciana conoce a mi familia y está encantada de que sea yo quien se haga cargo de su madre. No puedo creer la suerte que acabo de tener.

—Increíble —dice mirándome fijamente—. Los astros están de nuestra parte. —Sus ojos brillan y algo se mueve en mi interior. Estoy tan agradecida con él...

—Gracias, Luc —sonríe tiernamente y le abrazo—. No sé qué sería de mí sin ti —hablo sobre su hombro y me rodea con los brazos.

—Lo mismo, pero tardarías más —ríe mientras pasa sus manos por mi espalda. Me separo lentamente de él y con las yemas de los dedos roza mi mejilla. Cierro los ojos para sentir su tacto, y antes de abrirlos sus labios tocan los míos. No estoy muy segura de lo que estoy haciendo, pero me dejo llevar y le devuelvo el beso. Al notarlo sale un gemido de su boca y enreda sus dedos en mi cabello. Nuestras respiraciones se aceleran y mi cuerpo reacciona de manera extraña.

—Luc... —acierto a decir.

—Mmmm —contesta y pasa su otro brazo por mi cintura. Su lengua encuentra la mía y mis ojos se abren. Es demasiado para mí por el momento.

—Luc —repito, y esta vez se aparta.

—¿Estás bien? —me mira preocupado.

—Sí... es solo que todo esto es extraño para mí.

—Lo siento, Sara. —Hay arrepentimiento en sus ojos—. Soy incapaz de sujetarme cuando estás cerca. Mis sentimientos hacia ti son más fuertes que mi sentido común, y aunque estoy seguro de que puede suponerme un problema, no puedo controlarlo.

—No te preocupes —trato de hacerle ver que todo está bien—, entiende que soy nueva en esto y necesito ir más despacio —sonríe, me conoce y sabe que es cierto—. Tú estás más experimentado... —Le he visto salir con varias chicas. Es muy atractivo y todas en la universidad suspiran por él.

—No exageres —ríe.

—Oh, vamos... Todavía recuerdo el día que te fui a buscar y salió Sandra desnuda para que viera que no estabas solo. ¡Tardé semanas en borrar esa imagen de mi memoria!

—Ese día Sandra y yo habíamos bebido demasiado. —Vuelve a reír mientras lo recuerda—. Pero entiendo lo que quieres decir. Trataré de ir más despacio —me guiña

un ojo—. Ahora ve a prepararte que nos esperan para hablar de tu nuevo trabajo.

—Todavía no lo es —respondo mientras saco un par de toallas del armario.

—Sabiendo quién es la señora, lo será.

Como bien auguraba Luc, nada más verme, la señora Nicolasa me pregunta por mi madre y me cuenta lo bien que lo pasaba con mi abuela cuando eran jóvenes. Además de amigas, sirvieron durante años juntas en la casa del párroco.

—¿Cuándo podrías incorporarte? —me pregunta la hija al salir de la casa—. Es muy necesario que sea pronto, Sara. Mi hermana y yo vivimos fuera y ella ya no se vale para quedarse sola.

—Deja que hable con mi jefe. He empezado hace solo dos días y todavía estoy en período de prueba. Renunciaré al cobro que me corresponde si hace falta para poder estar aquí como mucho pasado mañana.

—Te esperamos entonces —asiento, nos despedimos y Luc regresa a su casa.

Nuevamente paso parte de la noche dándole vueltas a todo. No sé cómo empezar la conversación, pero estoy decidida, no quiero seguir ahí por más tiempo. Lo siento por Ana, me cae muy bien, pero sé que lo entenderá.

Cuando llega la hora me dirijo a la casa. Nada más entrar le encuentro sentado leyendo un periódico y decido hablar con él en ese momento. No sé si volveré a tener hoy la oportunidad, y cuanto antes sepa mis intenciones, antes podrá buscar a otra chica.

—Buenos días, señor —saludo. Levanta la cabeza y me mira fijamente.

—Buenos días, Sara. ¿Quieres algo? —pregunta extrañado al verme frente a él.

—Me gustaría poder hablar con usted. ¿Es buen momento?

—Frunce el ceño y cambia de postura.

—Tú dirás.

—Verá... —Es más difícil de lo que parecía en un principio. Tomo aire y lo suelto del tirón—. Quisiera renunciar al puesto.

—¿¡Qué!? —Se pone en pie—. ¿Estás de broma?

—No, señor... He... he encontrado algo muy cerca de casa y aunque las condiciones económicas no son las mismas, me permite estar más tiempo con mi familia...

—¡No puedes irte! —grita.

—Creo que sí puedo...

—¡ME DEBES DINERO! —grita ahora más fuerte y me asusta—. ¡AYER PAGUÉ TODOS TUS MALDITOS PAPELES PARA QUE PUDIERAS VIAJAR!

—Es cierto, señor, por eso he decidido renunciar al sueldo que me corresponde. Creo que aún debería sobrar algo, pero no me importa que se lo quede... —Trato de hablar calmadamente, aunque la voz me tiembla.

—Estás loca si crees que con los días que llevas trabajando aquí pagas tu deuda —le miro extrañada. No me gusta su tono.

—Vi el dinero que entregó, señor...

—¡Viste una mierda! —ríe maliciosamente—. A todo eso debes sumarle mi tiempo. Soy un hombre que cobra una fortuna por hora y tuve que emplear cuatro al menos. —Me tenso—. Además, te recuerdo que mi coche está todavía en el taller y si pretendes irte, tendrás que costearme la reparación.

—Pero usted dijo que... —Todavía recuerdo cómo me defendió delante de su hijo.

—¿Dije qué? —Tuerce la boca, victorioso—. Tendrás que abonarme todo eso si te vas. Piénsate si merece la pena.

CAPÍTULO 6

R

—Puedo pagárselo a plazos. —No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Lo siento. —Vuelve a sonreír de esa manera que tanto odio—. Yo no acepto ese tipo de acuerdos con mis empleados. Tendrás que trabajar para mí hasta que canceles tu deuda.

—Pero señor... —Siento ganas de llorar. Todo lo que hasta ahora me parecía una bendición, acaba de esfumarse.

—No hay peros. Ve con Ana. —Se marcha.

Me quedo pensativa durante varios minutos en el salón. Barajo la idea de salir corriendo, pero tiene todos mis datos y es muy probable que se presente en casa para exigirme el pago. No quiero imaginar el disgusto que se llevaría mi madre si eso sucede. No puedo consentirlo. Tengo que solucionarlo sin que ella se entere. Por el rabillo del ojo veo algo moverse en la esquina del techo y me doy cuenta de que es la cámara. Tengo la sensación de que alguien me vigila, aunque quizá son paranoias mías. A nadie le interesa una pobre empleada.

Durante la primera mitad de la mañana me esfuerzo por tratar de calmarme, pero no hay manera, la rabia me ciega y lo único que me apetece es patear como si fuera una cría de tres años. No puedo creer que tenga que ser así. Es un buen trabajo el que encontré ayer, está al lado de casa y tengo la posibilidad de poder pasar más tiempo con mi madre y mis hermanos. «No puedo perderlo», me digo e inspiro profundamente. En un acto de valentía, comienzo a andar y busco a mi jefe por la casa. Quiero hablar de nuevo con él y hacerle entrar en razón. Puedo pagarle, pero necesito tiempo y debe entenderlo. Llego a su despacho, tiene la puerta abierta y puedo verle sentado en un amplio sofá de cuero. Golpeo con los nudillos la puerta de madera.

—Hola, señor —digo cuando gira su cabeza para ver quién es.

—¿Qué quieres ahora? —Su tono es mucho más áspero que el que usa habitualmente.

—Necesito que hablemos...

—Creo que ya lo hemos dejado todo claro antes. No hagas que pierda mi tiempo o tendré que sumártelo en la factura. —Hace un gesto con su mano para que me vaya, pero desobedezco.

—Señor... no me parece justo lo que quiere hacer conmigo.

—Y a mí no me parece justo que después de todo lo que he tenido que hacer por ti quieras irte ahora. —Un pensamiento cruza mi mente en ese momento.

—¿Puede decirme cuánto es lo que le debo? —Acabo de recordar que Luc me ofreció dinero hace solo unos días y quizás podría aceptarlo. Sonríe y mi vello se pone de punta.

—Claro. —Se acerca al ordenador de sobremesa y comienza a teclear algo rápidamente. Un par de minutos después, la impresora que tengo a mi izquierda comienza a sonar. Un par de folios salen de ella con algo escrito—. Acércamelos —dice con

autoridad. Los saco con cuidado de la máquina y se los entrego—. Siéntate. —Me señala la silla que tiene enfrente. Me acomodo y espero. Gira los papeles hacia mí y señala un número de varias cifras—. Esto es lo que me debes. —Mis ojos se abren al ver esa cantidad tan desorbitada.

—¿Estás quedándote conmigo? —Mi respeto hacia él comienza a flojear.

—¡A mí no me hables así! —grita y me encojo—. Esto es lo que me debes a día de hoy, y no hay más que hablar.

—Pero eso es muchísimo dinero —respondo a punto de echarme a llorar. No creo que Luc pueda prestarme tanto.

—Esos son los gastos que me has generado en el tiempo que llevas aquí. Más la penalización por no avisarme con quince días de antelación. —Señala otra cifra y levanta una ceja—. Por supuesto tendrás que pagar el trabajo de mi gestor, los gastos de anulación del contrato y la reparación de mi coche. —Me mira fijamente—. Yo no soy el que se va ni el que incumple. —Todo se vuelve oscuro en mi cabeza. Definitivamente no podré hacer lo que me hubiera gustado.

—Esto es injusto... —digo abatida.

—Esto es lo que hay —contesta con tono burlón.

Me levanto de la silla perdida en mis pensamientos y salgo del despacho sin despedirme. Camino hasta la cocina sin sentir la planta de mis pies y cuando entro, Ana se preocupa.

—¡Dios Santo, Sara! —exclama y suelta la servilleta de tela que tiene en las manos para venir hacia mí—. Parece que hubieras visto un fantasma. ¿Te encuentras bien? —asiento, pero mis ojos se llenan de lágrimas, delatándome. Acerca un taburete y lo coloca a mi espalda—. Siéntate un momento. Tengo que llevarle esto al hijo del jefe y ahora hablamos. —Me muestra una bandeja—. No tardo.

Quince minutos después está de regreso y tras insistir bastante, le cuento lo ocurrido.

—Debe de haber un error —dice mirándome sorprendida—. Eso que quiere hacer contigo es ilegal, Sara.

—No entiendo mucho de leyes... —respondo sin gana.

—No puede exigirte ese dinero. Debes hablar con un... —Antes de que termine la frase, el jefe entra.

—Ana, ven conmigo. —La chica se tensa. Seguro que cree que la ha oído.

—Sí, señor —responde.

—Vamos. —Le sigue y se marchan, dejándome sola. Una punzada de culpabilidad me atraviesa, espero que no tenga nada que ver con lo que estábamos hablando. Intuyo que las cámaras tienen micrófonos y pueden oír todo lo que hablamos.

Lo recojo todo, aunque no sean mis tareas de hoy. Entiendo que ella no podrá hacerlo y no quiero andar retrasada y tener que quedarme más tiempo del necesario después.

Cuando estoy a punto de terminar, regresa.

—¿Qué tal ha ido? —Tiene una expresión extraña en su cara y parece confusa.

—Supongo que bien... —responde y me mira—. Quiere que salga mañana mismo de viaje a México.

—¿A México? —pregunto extrañada—. ¿Tan rápido?

—Sí —dice mirando a la pared—. Parece que alguien que trabajaba en una de sus pertenencias allí se ha marchado y tengo que ir a ocupar su lugar.

—¿Irás? —pregunto sorprendida.

—Sí, claro. No tengo nada que me ate a España y me pagará el doble mientras esté allí —sonríe—. Con ese dinero, en un par de años quizás pueda tener mi casita propia.
—Sus ojos se iluminan.

—Ohm... —No sé qué decir. Todo esto no me da buena espina.

—No conozco ese país, así que aprovecharé para hacer turismo en mis horas libres.

—Con cada segundo que pasa se muestra más convencida.

El telefonillo de la cocina suena y nos interrumpe. Ella lo atiende.

—Dígame —responde Ana. Casi siempre el jefe se comunica con nosotras a través de él para no tener que venir hasta aquí—. Claro, se lo diré. Ahora se lo lleva. —Se gira hacia mí sonriente—. Es el hijo, dice que quiere una jarra de agua bien fría y tienes que ser tú quien se la lleve.

—¿Yo? —Mis ojos se abren. Quizás quiera reprocharme mi marcha, como su padre—. De acuerdo... —digo poco animada y lo preparo todo.

Mientras camino por el pasillo voy pensando respuestas rápidas a todas sus posibles preguntas, no quiero que me pille desprevenida en ninguna. Bastante he tenido con no saber qué decirle a su padre.

Al llevar las manos ocupadas tengo que empujar la puerta con la rodilla. Está entreabierta y con poco esfuerzo consigo que se abra por completo.

—Hola —me obligo a decir. Si por mí fuera, no despegaría los labios, pero de momento son mis jefes y tengo que hacer uso de las buenas formas.

Está tumbado sobre la cama y lo único que cubre su cuerpo es un pequeño pantalón de pijama.

—Ponlo ahí —responde mientras señala una mesilla. Hago lo que me dice y me giro con la intención de marcharme.

—Que pase buen día —respiro aliviada. Parece realmente que solo quería el agua.

—Oye. —Su voz acelera mis pulsaciones. Demasiado bonito para ser verdad... Me giro lentamente y le miro.

—Dígame —sonríe al oírme hablarle de usted.

—Mira cómo está todo esto —Señala la habitación—. Deberías recogerlo, ¿no crees? —Me fijo y hay montones de ropa tirados por todas partes, sábanas, colchas e incluso la limpia que planché y coloqué el día anterior en los armarios. —Antes de que vuelva a hablar, toma la jarra entre los dedos y derrama el líquido por el piso—. ¡Ups!, qué torpe soy... También tendrás que limpiar esto —sonríe, toma un libro y vuelve a tumbarse en la cama—. Sigo queriendo mi agua fría, así que por favor no te tardes.

Mi sangre hierve y siento una gran necesidad de gritarle. Busco en mi interior un poco de paciencia y con esfuerzo me contengo.

—Claro, señor —contesto como si no me afectara y comienzo a limpiar. No le daré la oportunidad de pensar que está consiguiendo lo que busca.

Cuando lo tengo todo doblado abro el gran armario y comienzo a guardar las prendas en él. Estoy a punto de acabar y veo cómo se pone en pie de nuevo y viene hacia mí. Inspiro profundamente y al notar que no se para e invade mi espacio, me tensa. No sé en qué momento ocurre, pero de pronto su torso está en mi cara y yo atrapada entre el armario y su cuerpo. Su aroma se filtra en mis fosas nasales como en la lavandería y me paraliza. Mil cosas pasan por mi mente en ese momento. Cuando voy a hablar, levanta uno de sus brazos y toma algo de la parte más alta del mueble...

—Por fin lo encontré. —Se aparta de mí. Dejo salir disimuladamente el aire de mis

pulmones y poco a poco me relajo. Sujeta lo que parece una rodillera y mete el pie por una de las boquillas hasta que la coloca en su pierna—. Que sepas que esto es culpa tuya. —Me señala con el dedo y parpadeo, confusa.

—No entiendo la razón —respondo.

—Gracias a tu poco cuidado en el aparcamiento me golpeé en la rodilla y desde entonces me molesta. —Me quedo pensativa valorando el disculparme de nuevo, pero finalmente decido no hacerlo. Espero que no quieran cobrarme también el fisioterapeuta...—. ¡Eh! —De una voz me saca de mis pensamientos—. ¡No te pagamos para que estés aquí parada! —Le miro con furia durante un instante y descubro que trata de disimular una sonrisa.

CAPÍTULO 7

R

Continúo con mis tareas rezando para que acabe el día pronto. Fuerzo mi cerebro intentando encontrar una solución a mi problema, pero no la encuentro. Me siento entre la espada y la pared...

Nada más salir de la casa telefono a Lucas y quedamos en el escalón de siempre. Quiero que me dé su punto de vista ante esta situación. Necesito que me aconseje.

—Hola, Sara —me saluda seriamente cuando nos vemos—. ¿Qué ha pasado esta vez? —Entiende que algo no va bien y se muestra preocupado.

Le pongo al día y cuando llego a la parte de mi deuda, explota. Se pone en pie y comienza a gritar insultos hacia mi jefe y su hijo.

—Tranquilo, Luc. —Está demasiado cabreado—. Ya sé que es indignante, y además no debe ser muy legal lo que están queriendo hacer conmigo —respondo apenada—, pero no puedo costearme un abogado y esta gente me da miedo... Así que he decidido pagar la deuda y olvidarme. Quien tiene dinero tiene poder, y temo que puedan hacer algo que pueda disgustar a mi madre.

—Ven conmigo —Tira de mi mano para que me levante.

—¿Dónde? —pregunto extrañada—. Tengo que llegar pronto a casa...

—Vamos a ver a un abogado ahora mismo.

—Luc. —Me detengo—. Acabo de decirte que no puedo pagarme uno.

—Nadie ha dicho que lo vayas a pagar tú. —Tira de mí de nuevo—. Esta vez tendrás que dejar que te ayude. Te están engañando a ojos vistos y no pienso consentirlo.

Intento resistirme un par de veces más, pero finalmente me convence. Conduce hasta un bufete y cuando llegamos uno de los letrados nos atiende.

Le narro lo ocurrido y hace algunas llamadas mientras esperamos. Entre ellas al seguro de mi coche. Cuando ha recopilado los datos necesarios vuelve a dirigirse a nosotros.

—Parece que no es del todo correcto lo que le están exigiendo, señorita Sara. Al menos en cuanto a lo que al seguro se refiere. La ley del Contrato del Seguro establece que se debe comunicar al asegurador el acaecimiento del siniestro dentro del plazo máximo de siete días, salvo que se haya fijado en la póliza un plazo más amplio y por suerte, todavía no ha vencido, por lo que está dentro de ese período de tiempo.

—¿Entonces todavía estamos a tiempo de que cubra los gastos la mutua? —pregunta Lucas.

—Exacto. —Esa respuesta consigue que me relaje al instante. Él lo nota y se dirige a mí—. El tema laboral es otro asunto. Necesitaría leer la letra pequeña... pero de todas maneras si su jefe quiere, la puede demandar. Sobre todo, si ha perdido dinero como resultado del incumplimiento del contrato. Le puede exigir una indemnización por daños y perjuicios al haber hecho un desembolso económico como asegura que hizo para preparar sus pasaportes.

—¿Qué debemos hacer entonces? —vuelve a preguntar mi amigo.

—Si fuera yo, le entregaría una carta de renuncia y aguantaría esos quince días para que no haya problemas... una demanda de este tipo puede dar muchos dolores de cabeza. —Miro a Luc y su boca es una línea recta. Le conozco demasiado bien como para saber que no le ha gustado nada escuchar esa última frase. Durante el resto de conversación se mantiene en silencio y pensativo. El abogado y yo gestionamos y enviamos el parte para no esperar más tiempo y minutos después nos despedimos.

—Tengo que avisar a la señora Nicolasa —digo cuando salimos a la calle.

—¡Joder! —grita al tiempo que pega una patada a una pequeña piedra que hay en medio de la calle—. ¡Esto es una mierda!

—Lo sé... —Me quedo mirando al vacío. Pestañeo un par de veces para volver al momento y saco el teléfono del bolso para marcar el número de la anciana.

Me disculpo con ella por no poder ir, como le había asegurado, y se muestra disgustada. Ya se había hecho a la idea de que estaría allí al día siguiente y estaba ilusionada. Me asegura que hablará con sus hijas para intentar esperarme, pero no puede prometerme nada. Como ya me dijo el primer día, es urgente y necesitan a alguien.

R

A la mañana siguiente regreso a mi puesto con la carta en las manos. Aguantaré los quince días de preaviso como me aconsejaron, pero me marcharé después. Ya sé que no puede cobrarme nada y se lo haré saber si vuelve a sacarme el tema.

Cuando entro a la casa al primero que veo es a la montaña. Se refrena un poco en el pasillo cuando se da cuenta de que estoy ahí con la intención de decirme algo... pero finalmente no lo hace y se marcha.

—Te estaba esperando. —La voz del padre me sobresalta. Le estoy empezando a odiar.

—Yo también quería verle —respondo nerviosa. Aunque sé lo que tengo que hacer, no puedo evitar inquietarme cuando le tengo en frente. Me mira las manos y se fija en el sobre.

—¿Eso es para mí? —Antes de que pueda contestar estira la mano y se lo doy—. Veamos. —Despliega el papel y comienza a leer—. Vaya, vaya... ¿así que te vas? ¿De dónde piensas sacar el dinero?

—Solo tendría que pagarle si incumplo el contrato, y como verá no lo estoy haciendo. —Me mira con la frente arrugada. Intuye que me han asesorado.

—¿Y cómo piensas pagarme la reparación del vehículo? —Levanta una ceja creyendo que tiene la sartén por el mango.

—Ya está solucionado. El seguro se hará cargo. Ayer se quedó todo preparado. —Sus ojos se abren con sorpresa y un incómodo silencio se instalan entre nosotros.

—Chica lista. —Sonríe sin ganas—. Prepara las cosas que necesites. Pasarás parte de esos días fuera del país. Hay otra baja donde está Ana y tienes que cubrirla.

—¿Qué?

—El avión sale dentro de tres días. Cuando aterrices, un coche te estará esperando para llevarte a mi propiedad.

—¿Cómo?

—Lo que acabas de oír. Hasta dentro de dos semanas sigues siendo mi empleada y tengo que aprovecharme de ello. Las condiciones siguen siendo las mismas. Te pagaré el doble de lo acordado. —Se marcha y me deja con el problema.

La noticia me cae como un jarro de agua fría, y trato de mentalizarme para aceptarlo. «Vamos, Sara, es el doble y te vendrá bien el dinero», me digo. «Y ya que no puedo negarme, mejor aceptarlo cuanto antes. Necesito evitar la demanda y tiene razón. Está en su derecho porque sigo siendo su empleada y esto entraba en el trato. Solo serán unos días y todo habrá acabado... Además, estaré con Ana y quizás sea una bonita experiencia, porque nunca he viajado fuera de España. Aprovecharé para conocer México con ella... seguro que después de todo, lo paso bien».

Los días siguientes se me hacen eternos. El padre no ha vuelto a dirigirme la palabra, pero el hijo ha tomado las riendas y me ha estado haciendo la vida imposible. Parece haber encontrado una gran diversión en ensuciar y descolocar todo a su paso para que yo tenga que ir detrás recogéndolo. Incluso ha hecho jirones dos rollos de papel higiénico y me encuentro trozos y bolitas por todas partes. Es peor que un niño malcriado.

La noticia del viaje no cayó nada bien en casa, pero al explicarles que es la única solución para acabar con esta historia, no les quedó más remedio que aceptar...

—Vuelve a hacer un repaso mental. ¿Llevas todo lo necesario? —dice Luc mientras me lleva al aeropuerto—. Todavía estamos a tiempo de comprar algo antes de llegar.

—Sí, pesado... —Es la tercera vez que me hace la misma pregunta—. Lo llevo todo, tranquilo. Solo será una semana y media.

—Llámame todos los días.

—Que sí...

—Si pasa cualquier cosa, no dudes en hacérmelo saber.

—Luc, por favor.

—¡Entiéndelo, joder! —Golpea el volante—. No me gusta ese tipo y no estoy a gusto. —Me mira por un segundo—. ¡Tengo la sensación de que te estoy llevando a un matadero!

—Pues no será así. Si pasa cualquier cosa o no sabes de mí, tienes la dirección. —Mi jefe me la entregó el día anterior anotada en un papel para que mi familia supiera dónde estaría y eso me tranquilizó.

—Está bien... —No dice más. El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Me ayuda con la maleta cuando llegamos y se queda conmigo hasta que avisan por megafonía para que los pasajeros con destino a México embarquemos.

—Te llamaré en cuanto llegue. ¿De acuerdo?

—Es lo único que te pido. —Toma mi barbilla y besa mis labios. Su contacto me gusta, pero sus besos no son como había imaginado que serían.

—Cuida de mi mamá y mis hermanos, por favor. —Le abrazo.

—Lo haré. Mi madre también se ha ofrecido e iremos todos los días a echarles una mano. No les faltará de nada.

—Gracias —sonríe y me alejo. Con cada paso que doy algo se rompe dentro de mí. Si pudiera echarme atrás, no iría. Ojalá nunca hubiera acudido a esa entrevista...

Una azafata muy amable me indica el sitio donde tengo que sentarme. Me ayuda a poner mi equipaje de mano en el compartimento indicado y me acomodo junto a una mujer

morena y bastante atractiva.

—Hola —me dice sonriente.

—Hola —respondo mientras busco el cinturón. Siempre he oído que hay que abrochárselo cuando subes al avión.

—Tranquila —susurra la mujer al darse cuenta de mi intención—. Ahora saldrá una de las chicas y explicará cómo hay que hacerlo todo.

—Gracias —respondo. Como bien ha dicho, una azafata muy simpática nos da unas clases prácticas en las que nos enseña a utilizarlo todo en caso de imprevistos.

—Eres Sara, ¿verdad? —Mis ojos se abren como platos y la miro con sorpresa al oír mi nombre.

—Sí... ¿cómo lo sabe?

—Soy Lorena, quien te concertó la entrevista. Me han encargado acompañarte hasta la propiedad de México.

—Oh, pero... yo creí que un coche estaría esperándome al llegar... —No sé qué decir. Creo que mi jefe se ha tomado demasiadas molestias y no habría hecho falta que avisara a nadie.

—A Aníbal le gusta que salga todo según lo previsto.

—¿Cómo? —Creo que acabo de descubrir cuál es su nombre.

—A tu jefe, querida —sonríe.

Durante las doce horas que dura el viaje trata de darme conversación en varias ocasiones, pero hay algo en ella que no acaba de gustarme y finjo estar dormida para evitar que me hable.

Cuando las ruedas del avión por fin tocan el suelo siento un gran alivio. Las ganas de estirar los músculos son casi insoportables. Si llegamos a tardar más, me hubiera puesto a hacer ejercicios en medio del pasillo y no me habría importado lo que me dijeran.

Cuando salimos, Lorena señala un coche que hay aparcado a unos metros de nosotras y caminamos hacia él. Me presenta al chófer, y cuando este habla, sonrío. Su acento me hace gracia. Es muy agradable.

Dos horas después llegamos a una especie de finca en medio del campo. Unas grandes puertas se abren cuando nos acercamos y sigue conduciendo hasta que llegamos a una especie de hotel.

—Vaya... —exclamo al ver lo grande que es.

—Aquí es donde trabajarás —Lorena abre la puerta y baja—. Ven conmigo —dice ya desde fuera—. No hace falta que saques tu maleta, Gerardo se encargará de ella.

Bajo y la sigo. Pasamos por un puente que hay sobre una enorme piscina. Hay varios hombres al otro lado y saludan a la mujer que va conmigo.

—Hola, reina. —Uno de ellos pasa la mano por su cintura con confianza—. ¿Te esperamos esta noche?

—Por supuesto —contesta ella.

—¿Esta es la nueva? —pregunta otro mientras me repasa con la mirada. Fuerzo una sonrisa, imagino que son clientes del hotel y debo tratarles bien.

—Sí —responde y le guiña un ojo—. Voy a mostrarle su habitación y en unos minutos estoy de vuelta. —Se despiden y nos marchamos.

Entramos al gran recibidor y todo es increíblemente lujoso. Las paredes son de mármol y hay grandes estatuas por todas partes. Debe de ser complicado limpiarlas.

—Guau —digo mientras lo observo todo—. ¡Esto es impresionante!

—Sí, lo es. —Llegamos a un pasillo lleno de puertas y señala una de ellas—. Esta es la tuya. —Mete una de las llaves en la cerradura—. ¡Ay, no! —exclama y la miro—. Me he dejado el teléfono en el coche. ¿Podrías prestarme un segundo el tuyo para hacer una llamada? Tengo que avisar de que has llegado.

—Claro. —Lo saco de mi bolsillo y se lo entrego.

—Ve levantando la persiana si quieres para que puedas ver el interior mientras hablo.

—De acuerdo —respondo y entro.

Está todo tan oscuro que no veo nada. De pronto, la puerta se cierra de un portazo que me asusta, y cuando voy hacia ella oigo como echan la llave.

CAPÍTULO 8

R

Me quedo paralizada tratando de asimilar lo que acaba de ocurrir. «No puede estar pasando esto». Lo he visto en las noticias y en algunas películas, pero siempre creí que esto nunca me pasaría a mí. Intento pensar que es una broma, pero al ver que tarda en abrir, empiezo a asustarme. Un horrible calor recorre todo mi cuerpo. No veo nada y estoy empezando a entrar en pánico. No soporto los sitios cerrados y menos aún si no tienen luz. Vuelvo sobre mis pasos con los brazos estirados y busco la puerta por la que entré. Cuando la encuentro, tiro de la manilla con fuerza y al notar que no puedo abrirla, la golpeo.

—¡Lorena! Abre, por favor —grito, pero nadie contesta al otro lado. Pego mi oreja a la fría madera y escucho. Nada, ni un solo ruido—. ¡LORENA! —Levanto más la voz—. ¡ABRE LA PUERTA! —El calor cada vez es mayor y comienza a faltarme el aire. Abro las manos y vuelvo a golpear, esta vez con las palmas para hacer más ruido—. ¡POR FAVOR! ¡SACADME DE AQUÍ! —Es inútil, pero me niego a creerlo.

Durante varios minutos más sigo insistiendo, la garganta me duele y estoy empezando a quedarme afónica. Cuando por fin me convengo de que es inútil que siga y que nadie vendrá a socorrerme, recorro la habitación tratando de buscar un interruptor o una ventana. Todo lo que mis manos encuentran es pared y más pared. Doy pasos con cuidado de no tropezar, pero extrañamente no hay muebles. La habitación parece vacía y huele a orín. En unas zonas ese olor es mucho más fuerte que en otras.

Varias ideas se forjan en mi mente, pero trato de desecharlas. «No puede ser...», me digo. Busco de nuevo la puerta de madera y cuando la encuentro la golpeo con todo mi cuerpo. —¡ABRE! ¡ABRE LA PUERTA! —El hombro me duele—. ¡ABRE, MALDITA SEA! ¡ABREEE! —Pierdo la cuenta de las veces que lo intento y finalmente acabo agotada. Me dejo caer lentamente y comienzo a llorar por la impotencia. «¿Me dejarán morir aquí? ¿Me han raptado? ¿Querrán extraer mis órganos?». He oído varias veces que existen mafias que se dedican a traficar con órganos humanos y temo haber caído en una de ellas.

Pienso en mi madre, mis hermanos y en el pobre Luc. Mi único consuelo es que él tiene la dirección y si no le aviso de mi llegada estoy segura de que buscará ayuda...

Las horas pasan y estoy empapada en sudor. Juraría que al menos llevo aquí dos días metida. He tenido que hacer mis necesidades en la habitación y me siento fatal por ello. El calor es tan insoportable que siento náuseas. Necesito agua urgentemente o me deshidrataré. Trato de humedecer mis labios, pero no lo consigo. Mi paladar está tan seco que se podría agrietar en cualquier momento. Golpeo con la cabeza la puerta, con la esperanza de que alguien que pase por ahí me oiga. Debido al agotamiento, mis extremidades pesan demasiado y me cuesta moverme. Estoy segura de que se debe al calor. Mi respiración es cada vez más rápida, al igual que mi pulso. Cuando siento que

estoy a punto de desmayarme, la puerta se abre y deja entrar una corriente de aire frío y con ella el tan deseado oxígeno.

—Veamos qué mercancía tenemos por aquí... —Es un hombre de unos cincuenta años con una gran cicatriz en la ceja. Aprovecho la luz exterior para mirar a mi alrededor. Como imaginaba, la habitación está vacía y no tiene ventanas.

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me están haciendo esto? —pregunto con esfuerzo. Mi lengua se enreda debido a la sed.

—¿No te lo explicó la morena? —ríe.

—¿Lorena?

—¿Ahora se ha puesto ese nombre? —ríe a carcajadas y no entiendo nada. Saca una botella de agua de una gran bolsa y la abre delante de mí—. ¿Quieres?

—Sí, por favor —digo tragándome el orgullo. Me acerca la botella y cuando voy a cogerla, la retira.

—Tendrás que ganártela. Aquí no hay nada gratis. —Sonríe. Da un largo trago y varias gotas corren por su barbilla haciéndome sentir mucho más sedienta. Necesito saciar mi sed de alguna manera.

—Por favor... llevo muchas horas aquí...

—Ponte en pie. — Mete la mano en su bolsillo y saca lo que parece una linterna de él.

—No me encuentro bien, estoy mareada y necesito el agua... —respondo.

—¡PONTE EN PIE DE UNA PUTA VEZ! —Su tono cambia de pronto—. ¡CUANDO YO TE MANDE ALGO OBEDECE AL INSTANTE! —Agarra fuertemente mi brazo haciéndome daño y tira de mí hasta que me pone frente a él. Enciende la linterna y la apunta en mi dirección—. Mmm... —Mi piel se eriza con su gemido—. Seguro que le gustas a nuestros clientes. —Estira su brazo en dirección a mi pecho y al ver sus intenciones me aparto rápidamente—. Jamás. Vuelvas. A hacer. Eso. —Agarra con su puño mi ropa y me pega a su cuerpo—. ¿¡ENTIENDES!?! —Su apestoso aliento está muy cerca de mi cara y asiento para que me suelte cuanto antes. Parece que funciona—. Buena chica. No te golpearé para no dañar tu bonita cara. A nuestros clientes no les gustan los golpes, pero como vuelvas a desobedecerme, no te librarás. —Lanza la botella contra mi cuerpo y cae al suelo. Sin pensarlo demasiado me lanzo a por ella y cuando estoy a punto de llegar, me golpea y pierdo el equilibrio—. ¿No te enseñaron a decir gracias? —Le miro con odio desde el suelo. No entiendo por qué me hace esto.

—Gracias... —Lloro de nuevo, porque ya no sé qué otra cosa hacer. Necesito beber—. ¿Por qué me estáis haciendo todo esto? ¿Qué os he hecho yo? No entiendo nada... — Recoge la botella y la vuelve a meter en la bolsa. Siento un gran desconsuelo y temo por mi vida. Moriré deshidratada si me tienen así.

—Ponte esto. —Tira a mis pies una prenda de ropa—. Pronto sabrás cuál es tu trabajo aquí. Te encantará —carcajea.

Tomo la prenda, la estiro y veo que se trata de un vestido rosa demasiado corto y muy ajustado. Ni en mil vidas me hubiera comprado algo así jamás.

—¿Por qué tengo que vestirme de esta manera? —Mientras hago esa pregunta mi cerebro me da una posible respuesta y algo dentro de mí se rompe.

—¡PORQUE LO DIGO YO! —Levanta su mano en mi dirección y me cubro, pero el golpe no llega—. A la tercera no seré tan paciente. ¿Me oyes? —Sus ojos están fijos en los míos—. Vístete ahora mismo. ¡YA!

Busco la parte trasera del vestido y cuando la tengo localizada me doy cuenta de que no tiene intención de irse. Tengo que desnudarme y no quiero hacerlo delante de él.

—¿Dónde puedo cambiarme? —pregunto asustada al no saber cuál será su reacción.

—Aquí. —Arquea la ceja de su cicatriz y pasa la lengua por su boca para humedecer sus labios. Siento asco al instante y entiendo lo que pretende.

Introduzco la cabeza por el vestido sin quitarme la ropa y a medida que voy encajándolo en mi cuerpo, voy quitándome las prendas con cuidado para que no pueda verme desnuda. Arruga la frente, pero no dice nada. Cuando por fin lo tengo colocado, me saco el pantalón y estiro la tela para tapar mis expuestas piernas. Saca de la bolsa unos zapatos del mismo color y los tira contra mí. No pregunto y me calzo con ellos.

—¿Puede darme el agua? —pregunto de nuevo. El esfuerzo me está haciendo sentir peor y noto sabor a sangre en mi boca cada vez que hablo. Mis labios deben estar abriéndose por la sequedad.

—Ya te he dicho que tendrás que ganártela. De ti depende todo a partir de ahora. Si quieres el agua, tendrás que hacer lo que se te pida. Ahora ven conmigo.

Caminamos por el pasillo y noto que me sofoco demasiado. Tengo la impresión de que no podré continuar y hago varias pausas aun a riesgo de que se enfade. Parece que es algo normal para él y espera a que me recupere. Estoy segura de que no soy la primera a la que le han hecho esto.

Alguien camina en nuestra dirección y cuando estamos a punto de cruzarnos se para frente a nosotros.

—Vaya muñequita nueva que habéis traído. —Me mira obscenamente y sin ningún tipo de disimulo se coloca tras de mí para mirar mi trasero. Pone la mano en mi pierna y al notar el contacto me aparto rápidamente—. Resérvame unas horas con ella.

—Eso está hecho —contesta el animal y le da palmaditas en el hombro. Mi barbilla comienza a temblar y aguanto el llanto. Estoy realmente asustada.

Tira de mi brazo y continuamos hasta lo que parece otra habitación. Mete una llave y mientras abre, miro en todas direcciones buscando una salida. Con la poca fuerza que me queda quiero intentar escapar. Antes de encontrarla su mano agarra mi pelo y tira con fuerza de mí. Me empuja hacia el interior y cierra la puerta. Otra vez encerrada y sin agua. No aguantaré ni una hora más.

Me fijo en que este cuarto sí tiene muebles y una pequeña ventana por la que entra algo de luz. Miro a mi alrededor para revisarlo todo y descubro unas literas en un rincón. Mi corazón se para al ver a una mujer hecha un ovillo y meciéndose sobre sí misma en la cama de abajo. A su lado hay una mesilla y sobre ella un vaso de agua.

Camino en su dirección con cuidado. No puedo fiarme de nadie aquí, pero la sed me arma de valor. Mi instinto de supervivencia es más fuerte que todo el miedo que pueda tener.

Tomo el vaso rápidamente y lo llevo a mi boca. Cuando el líquido transparente llega a mi lengua siento un enorme placer. «Por fin», me digo. Mi garganta duele al tragar, pero no me importa. La necesidad es más fuerte.

—¿Sara? ¡NO! ¡TÚ NO! —grita—. ¡HUYE, SARA! ¡VETE DE AQUÍ! —La miro y me quedo totalmente paralizada. La chica de la cama es Ana y su rostro está tan golpeado y deformado que, si no es por su voz, nunca la hubiera reconocido.

CAPÍTULO 9

R

—Dios mío, Ana... —Pongo las manos sobre mi cara, impactada—. ¿Qué te han hecho? —Me acerco lentamente hacia ella.

—¡Vete, Sara! —Llora—. ¡Sal de este lugar cuanto antes! Es horrible lo que hacen aquí. —Su voz se entrecorta por las lágrimas. Está muy afectada.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué nos han traído? ¿Qué quieren de nosotras? —pregunto, angustiada. Necesito respuestas o me volveré loca.

—Todo era una trampa. El maldito trabajo que nos ofrecieron solo era una jodida trampa para captarnos. Estaba todo preparado. Los viajes eran un señuelo para traernos hasta aquí. —Habla tan nerviosa que se ahoga con su propia saliva.

—Pronto nos ayudarán. —Trato de tranquilizarla—. Mi mejor amigo tiene la dirección de este lugar...

—¿La tiene? —Agranda sus morados e hinchados ojos.

—Cuando el jefe me la entregó se la di por si tenían que buscarme por cualquier cosa.

—Sara... —niega con la cabeza—. A mí también me dieron una dirección y nada tiene que ver con esto. Es falsa. Vine con una tal Lorena y cuando llegamos me fijé en que no era el mismo lugar que ponía en la nota.

—Dios mío... —Todas mis esperanzas se esfuman en ese momento. Nunca podrán ayudarnos si eso es cierto. Estamos atrapadas.

—Somos unas ingenuas, Sara —solloza—. No lo hemos visto venir y nos han engañado como a niñas con un empleo demasiado bonito para ser verdad... Estábamos tan cegadas por el buen sueldo que no hemos visto más allá de nuestras narices.

—Tenemos que salir de aquí. —Camino hasta la puerta y tiro de ella—. Tenemos que buscar la manera de escapar. —La angustia vuelve.

—Llevo intentando hacerlo toda la semana y lo único que consigo es un golpe detrás de otro cada vez que me descubren. —Se seca los ojos con cuidado—. Estamos perdidas, Sara. Este será nuestro fin.

—Ana... —Verla así me rompe por dentro. Parecía tan feliz en la casa...

—A partir de ahora límitate a hacer lo que te pidan y todo será más fácil. Es la única opción que tienes, Sara.

—¿Por qué? ¿Qué buscan?

—Hemos caído en una red de tráfico de personas y somos sus esclavas. —Cierra fuertemente los ojos y niega con su cabeza.

—No... —Lo intuía, pero me negaba a creerlo. Oírlo salir de su boca me afecta mucho más de lo que podía imaginar.

La puerta se abre y el tipo de la cicatriz entra. Lleva algo parecido a una fusta en la mano derecha.

—¿Has visto que te hemos traído a tu amiguita? A partir de ahora ya no te sentirás tan

sola... Apuesto a que nunca lo hubieras imaginado —ríe—. Vamos, os están esperando. —Miro a Ana en busca de alguna indicación y esconde, abatida, la cabeza entre las rodillas.

—Otra vez no, por favor... —Le oigo decir—. Prefiero morir que volver a pasar por lo mismo de nuevo.

—¡VAMOS! —grita impaciente y camina en nuestra dirección. Agarra a Ana del cabello y tira con fuerza hasta que la pone en pie—. Eres una zorra desobediente y voy a domesticarte. —Levanta la fusta y golpea las piernas de la pobre y atemorizada chica.

—¡DÉJALA! —Mi cuerpo tiembla por el miedo, pero no puedo evitar gritarle. No aguanto ver cómo la trata. Se vuelve y con la mano abierta me golpea en la cara y mi cabeza choca contra la pared.

—¡Pensé que serías más lista que la estúpida de tu amiga! —dice con rabia—. Esto es solo un aviso. El próximo golpe será con el puño cerrado. ¿Te ha quedado claro? —asiento mientras paso la palma de mi mano por la mejilla para calmar el ardor—. Poneos en marcha de una vez. Los socios os están esperando.

Ana camina abrazándose a sí misma delante del animal y yo detrás. Cada vez que se para, este la golpea sin piedad para que continúe. Cada golpe que le da lo siento como si me lo dieran a mí. Está tan amoratada que temo que acabe con su vida si continúa haciendo eso.

Llegamos al gran recibidor y pasamos cerca de las estatuas. Me fijo en ellas y una en particular llama mi atención. Son tres chicas arrodillas ante un hombre y este parece estar alzando un látigo contra ellas. Mi vello se pone de punta al descubrir que la figura masculina tiene el rostro de mi jefe. Trago saliva y continúo caminando.

Pasamos un arco de mármol y entramos a un gran salón. Hay tres hombres sentados en unos amplios sofás mirando a cinco chicas más. Mis rodillas comienzan a temblar y trato de ocultarlo para que no noten mi miedo.

—Poneos a su lado. —Las señala y hacemos lo que nos pide. Ana sigue abrazándose y comienza a llorar. Su actitud me asusta, estoy segura de que será peor de lo que imagino.

Uno de ellos señala a mi amiga y le hace un gesto al de la cicatriz.

—No me gustan las chicas golpeadas. Si vas a domarlas, no destroces su cara. Castiga su cuerpo de otra manera o tráelas cuando ya no tengan marcas. Es asqueroso verlas así.

—A mí no me importa —dice otro—. Prepárala, seguro que cuando acabe con ella quedará aún peor. —Todos le ríen la gracia y siento náuseas.

—Yo me quedo con la nueva. —El tercero se pone en pie con esfuerzo y llega hasta mí. Tiene alrededor de 70 años, su pelo es blanco y su barriga enorme. Toma un mechón de mi cabello y lo huele. Intento apartarme, pero me sujeta fuertemente del codo—. Ya os contaré qué tal se porta. Seguro que es una fiera. —Levanta sus cejas a los demás y tengo que hacer ejercicios mentales para controlar mi respiración—. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —contesta el que falta por elegir—. Eres el segundo inversor más importante del club. Te lo mereces. Yo me quedo con la más alta. —La chica más alta se pone las manos en la cara. Por sus facciones no parece ser española como nosotras.

—¿Cómo vais? —Lorena entra sonriente y a todos parece agradecerles su visita—. ¿Ya tenéis presa para esta noche? —sonríe y nos mira—. Uff... Creo que necesitáis unos retoques urgentes. —Acaricia su barbilla—. Trae a las escogidas, Alacrán. Vamos a

prepararlas. —El de la cicatriz obedece y deduzco que debe ser su apodo.

Nos llevan hasta lo que parecen unas duchas de gimnasio y nos obligan a ducharnos. Alacrán se queda fuera y es algo que agradecemos todas. El agua está helada, pero ninguna dice nada. Cuando terminamos, Lorena nos obliga a maquillarnos y a ponernos ropas demasiado cortas.

—Querida —se dirige a mí y pasa su larga uña por mi hombro—, espero que al ser nueva no ocasionen ningún problema —sonríe mientras me araña y aguanto el dolor—. Sabemos dónde viven tus hermanos y no dudaremos en ir a por ellos si tratas de hacer algo fuera de lugar. —Mi corazón bombea con tanta fuerza que temo desmayarme—. ¿Lo has entendido? —Intento hablar, pero no puedo. Debo evitar que les hagan daño. Es cierto que saben dónde vivo. Tuve que dar mis datos para que me ingresaran la mensualidad—. ¿ENTENDIDO? —grita.

—Sí... —Trago saliva y rápidamente pienso en mi madre. Debe de estar muerta de angustia al no saber nada de mí. Al haber estado encerrada he perdido la noción del tiempo y no sé cuánto tiempo llevo aquí.

—Muy bien —coloca mi cabello y me empuja los pechos hacia arriba—, has quedado perfecta. —Pasa su lengua por mi oreja y me aparto, asqueada, en un acto reflejo—. Si esto te asusta es porque no sabes lo que te espera. —Seca sus labios con el pulgar—. Adelante. Nos esperan.

Caminamos tras ella sin ánimo. Ni Ana ni la otra chica levantan la mirada del suelo, y mi cerebro no para de lanzarme espeluznantes imágenes. No puedo imaginar lo repugnante que debe ser que te fuercen a hacer algo tan horrible. No puedo creer que mi primera vez vaya a ser así... He estado esperando durante años a la persona indicada para que ahora un cabrón sin escrúpulos me arrebatase la virginidad sin ningún miramiento...

Nada más entrar al salón veo a los tres hombres. Están bebiendo unas copas mientras charlan. Cuando se dan cuenta de nuestra presencia uno de ellos comienza a aplaudir y los otros le siguen.

—Perfecto, bella. Has hecho un gran trabajo, parecen otras.

—Lo sé —Lorena sonríe ampliamente.

El hombre mayor se acerca a mí y me pone la mano en la espalda. Me tenso al sentir su contacto y Lorena me mira. Recuerdo su amenaza y controlo el impulso de salir corriendo.

—Vamos a mi habitación. Tenemos muchas cosas de que hablar —ríe sonoramente.

Sin quitar su mano de mi cintura, llegamos hasta un cuarto más grande incluso que la casa de mis padres. Hay varios objetos colgados en la pared que me recuerdan a una cámara de tortura que vi una vez en una película. No paro de pensar en lo mucho que me va a doler tanto física como emocionalmente lo que está a punto de hacerme. Después de esto, jamás volveré a ser la misma, pero todo sea porque nadie toque a mis hermanos.

Se coloca detrás de mí y pega su barriga a mi espalda, retira mi cabello con una de sus manos y pone sus labios sobre mi cuello. Alzo mis hombros instintivamente para apartarle, pero me fuerza a bajarlos de nuevo.

—Si vuelves a hacer eso tendré que usar otras técnicas y te aseguro que no te gustarán. —Rodea mi cintura con los brazos para presionarme más contra él y me habla al oído—. Te advierto que puedo dejar de ser amable en cualquier momento.

—Por favor... señor —Trato de ganar tiempo—. No estoy preparada para esto...

—Yo sí y es lo único que importa. —Me gira hacia él—. Desnúdame. —Le miro, incrédula, y soy incapaz de reaccionar—. ¿Estás sorda?

—No señor... —Mis manos tiemblan mientras trato de desabrochar los botones de su sudada y apestosa camisa. Disimulo varias arcadas, pero una de ellas me viene tan fuerte que se da cuenta.

—¿Te doy asco, hija de puta? —Agarra mi cuello y me empuja contra la pared—. Vas a pasar tu preciosa lengua por todo mi cuerpo para que vayas acostumbrándote a mi sabor.

—Por favor, señor... —comienzo a llorar—. Por favor, no me haga esto.

Tira de mi ropa, la rompe y deja parte de mi cuerpo al descubierto.

—¡NO! ¡NO! ¡NOOO! —El pánico se apodera de mí y aun sabiendo que podrían hacerle daño a mi familia no puedo dejar de gritar. Estoy totalmente descontrolada y aterrada.

Noto como su pantalón cae al suelo mientras con sus manos sigue arrancándome la ropa.

—¡PARA! ¡PARA, POR FAVOR! —Lloro más fuerte.

—Seguro que no gritabas así cuando te tirabas a otros —dice con la respiración acelerada por el esfuerzo mientras sigue sujetándome.

—¡SOY VIRGEN, MALDITO CABRÓN! —Intento escapar.

—¿CÓMO? ¿QUE ERES VIRGEN? —Me mira con sorpresa.

CAPÍTULO 10

R

—¡DÉJAME! ¡NO ME TOQUES! —Cierro los puños y consigo golpear su cuerpo con fuerza. Siento tanto asco que necesito quitármelo de encima cuanto antes.

Me sujeta de las muñecas y las alza sobre mi cabeza para inmovilizarme.

—Espero por tu bien que sea verdad eso que has dicho o juro por Dios que acabaré contigo. Nadie me interrumpe por nada. —Se aparta de mí lentamente mientras me mira a los ojos—. No te muevas de ahí. —Busca su teléfono y cuando lo encuentra marca un número.

Trato de cubrirme el cuerpo juntando los trozos de tela mientras miro por todas partes con la esperanza de encontrar una salida, pero para mi desgracia, todo parece estar preparado para que nadie pueda salir de la habitación.

—Aníbal —le oigo decir y miro en su dirección; debe estar hablando con mi jefe—, oye... la nueva dice que es virgen. —Silencio—. Sí, me lo acaba de confesar. —De nuevo silencio—. Esta semana lo preparo todo para la certificación. No, hasta dentro de dos meses no viene el jeque, pero seguro que se interesa. —Se despiden y viene hacia mí—. Si no es cierto, desearás estar muerta. —Tira con fuerza de mi mentón para levantarme la cara—. No imaginas todo lo que hubiera hecho contigo... —Trago saliva y cierro los ojos tratando de borrar todas las imágenes que se forman en mi mente. Su otra mano agarra mi cabello y tira de mí. Salimos de su habitación y me lleva a la de las literas. Abre la puerta y me empuja al interior—. Compartirás este cuarto con tu amiga. —Sin decir nada más, cierra con llave y se marcha.

Pongo las manos sobre mi pecho y comienzo a llorar. No puedo creer que me esté pasando esto. Mi respiración cada vez se acelera más y siento que me falta el aire. Esta situación me está superando y no tengo escapatoria.

Los días pasan y sigo encerrada. Únicamente abren la puerta para traerme comida o llevarse a Ana. Cada vez que lo hacen, mi corazón late tan fuerte que si prestaran atención, podrían oírlo. Tengo la sensación de estar en el corredor de la muerte. Nunca sé cuándo me tocará. Ana apenas habla, se pasa las horas perdida en sus pensamientos y mirando al vacío. Se ha negado a comer y cada vez está más delgada. Empiezo a temer por ella.

—Toma. —Estiro la mano hacia ella con un trozo de pan—. Inténtalo, por favor, no puedes negarte a comer. Enfermarás. —Levanta la cabeza y me mira.

—Es exactamente lo que busco. —Su extraña sonrisa no me gusta nada.

—No digas eso... —Vuelvo a intentarlo—. Come, por favor.

—¿Comer para qué, Sara? ¿Para mantenerme viva y que puedan seguir violándome? ¿Usándome como les venga en gana?

—Ana... —Mis ojos se empañan. No he querido preguntarle en todo este tiempo porque

sé exactamente lo que están haciendo con ella. Hay días que se la llevan hasta 20 veces y viene destrozada.

—No quiero seguir viviendo así.

—Tenemos que buscar una manera de escapar... No puedes rendirte así, hay que intentarlo al menos... —La puerta se abre y las dos miramos al mismo tiempo.

—¡Sara! —Alacrán me nombra y todo mi vello se eriza—. Ven conmigo.

—No, no, no, por favor... —Una angustia indescriptible se apodera de mi cuerpo. No quiero que me toquen. No quiero que me usen.

—¡Vamos!, no me hagas perder el tiempo. —Entra con la fusta en la mano y camino hacia la esquina.

—Por favor, no quiero ir, no quiero... —Me hago una bola en el rincón y me cubro la cabeza. Levanta la fusta y me golpea con ella.

—¡VAMOS! ¡Levántate de una puta vez! —El escozor es tan grande que no tengo más remedio que hacer lo que dice para que pare. Me agarra por el codo y me fuerza a salir de la habitación.

—No me hagas esto. —Lloro. Estoy aterrada. No podré soportar algo así. Me paro y vuelve a azotarme. Grito de dolor. Cada parte de mi cuerpo que golpea con el cuero arde como si tuviera una brasa al rojo vivo sobre ella.

Llegamos hasta una amplia habitación y lo primero en que me fijo es en una camilla de matrona que hay allí. Miro asustada por todas partes y la cosa empeora cuando en una de las mesas descubro a mi jefe sentado con otro hombre.

—Vaya, vaya... Cuánto tiempo, Sara —sonríe maliciosamente—. ¿Qué tal tu nuevo trabajo? ¿Te gusta? —Todos ríen menos yo. Me muerdo la lengua, prefiero no contestar.

—Si les parece, empezamos ya. Me están esperando y llevo prisa —dice el desconocido. No sé qué es lo que pretenden hacerme, pero estoy tan nerviosa que comienzo a temblar—. Desnúdese de cintura para abajo y tumbese en la camilla.

—No... no... —niego con la cabeza. El miedo se adueña de mí y miro hacia la puerta, al ver que está abierta corro sin pensar. No sé dónde ir, pero necesito salir de allí.

Antes de que consiga llegar, alguien me derriba de un empujón y se echa sobre mi cuerpo para inmovilizarme.

—¿Dónde coño crees que vas? —me pregunta Alacrán bastante enfadado. La persona que está con mi jefe prepara algo y viene hacia mí.

—Me temo que vamos a tener que forzarte a que te relajes un poquito... —Golpea con los dedos una jeringuilla para sacarle el aire y me inyecta un líquido rosa en el brazo—. En unos segundos te sentirás mucho mejor —sonríe. Me mantienen en esa postura un par de minutos más y mi vista comienza a nublarse—. Ya puedes soltarla. —Le oigo decir. Alacrán se aparta de mí y cuando intento moverme me doy cuenta de que mi cuerpo no responde correctamente. Mis movimientos son torpes y lentos y he perdido todos los reflejos. Hasta parpadear me resulta complicado.

Dos de ellos me levantan del suelo como si fuera un trapo y me echan sobre la camilla. Siento como bajan mis ropas, pero soy incapaz de luchar para evitarlo. Suben mis piernas en las perneras de metal y se apoyan en ellas para que no me mueva. El hombre que no conozco se coloca delante y comienza a buscar algo entre mis piernas. Los tres miran atentos y por más que trato de levantarme o taparme, no puedo. Hablan entre ellos, pero estoy tan drogada que no entiendo muchas de las cosas que dicen.

—Buenas noticias, podemos hacer el certificado de virginidad —celebran la noticia y

no entiendo la razón.

—Llama al jeque. Dile que tenemos lo que busca. Con suerte adelantará su viaje.

—Ahora mismo. —Alacrán sale de la habitación.

—Muy bien, bomboncito. —Mi jefe estira su mano y acaricia la cara interna de mi muslo. Siento tanto asco que vomitaría si pudiera.

—Aquí tienes. —El hombre le interrumpe para entregarle un papel y se despiden—. Nos vemos. Suerte con ella. —Le oigo decir cuando se marcha.

Alacrán entra de nuevo y entre los dos vuelven a vestirme y me bajan de la incómoda camilla.

—Déjala en el suelo. Si se cae, es su problema. —Cuando me pongo en pie, todo da vueltas y a duras penas consigo mantener el equilibrio. Camino como si fuera un zombi para alejarme de ellos y unas enormes manos me sujetan y me obligan a sentarme en una silla de madera.

—Jefe... —Mi jefe le mira—. Creo que aunque sea virgen, podemos usarla como reclamo o para alegrar la vista a nuestros clientes en el *Strip Club* estas semanas mientras esperamos al jeque.

—Buena idea, Alacrán, que se gane el pan al menos. —Me repasa con la mirada—. Dile a Lorena que la prepare. Muchos se divertirán con ella hoy.

Tal y como dicen, lo hacen. Lorena viene a por mí y con esfuerzo consigo llegar hasta las duchas. Me obliga a ponerme una minifalda tan corta que deja al descubierto parte de mi trasero y una especie de sujetador de cuero que apenas cubre mis pechos. El narcótico que me han inyectado es tan fuerte que inhibe mi ansiedad y consigue que sea menos consciente de todo lo que está pasando a mi alrededor.

Al ver que soy incapaz de mantenerme en pie sobre unos tacones, decide cambiarlos por unas botas planas y cuando cree que estoy lista, avisa para que vengan a por mí.

Me suben a un coche y Alacrán conduce hasta que llegamos a lo que parece la ciudad. Detiene el vehículo en la puerta de una especie de prostíbulo y me ayudan a bajar.

—Según te portes esta noche, así trataremos a tu familia —dice mi jefe antes de que entremos—. Procura tener a mis clientes contentos o tu madre y tus hermanos pagarán tu imprudencia. Solo hará falta que dé una orden para que les vuelen los sesos...

Siento que lo que dice es cierto, pero no digo nada. Trato de mentalizarme para lo que sea que vaya a pasar cuando cruce la puerta. Necesito mantenerles a salvo.

—¡Qué sorpresa, Aníbal! —Alguien golpea su espalda y mi jefe se gira para saludarle.

—¡Cuánto tiempo sin verte, amigo! —Se abrazan.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta misma tarde —responde.

—Genial. Espero que esta vez te quedes más tiempo. —Se fija en mí—. ¡Madre mía! ¿De dónde has sacado a esta pelirroja? Está para chuparse los dedos.

—Es lo que tiene ser popular en España. —Le miro de reojo y siento rabia. Le ha mentido descaradamente y desearía poder contarle la verdad, pero temo que dañe a mi familia si lo hago.

—¿Bailará para nosotros esta noche? —Vuelve a mirarme, esta vez al escote.

—Es posible. Todo depende de las propinas que dejéis. Ahora si me permites, quiero entrar a beber algo, estoy sediento.

—Claro, amigo. —Se aparta para dejarnos paso—. Dile al camarero que a la primera invito yo. —Se despiden.

Nada más entrar, cientos de luces brillantes me deslumbran. Hay neón por todas partes y la música está tan alta que daña mis oídos. Al fondo puedo distinguir lo que parece un escenario y hay varias chicas prácticamente desnudas bailando sobre él. Alrededor de 200 hombres les lanzan billetes y tratan de tocarlas mientras ellas les provocan.

—¿Ves a todos esos? —Les señala y asiento lentamente para no marearme—. Son mis clientes y tendrás que ser agradable con ellos. Si quieren tocarte, les dejas. Si quieren besarte, les dejas, y si te piden que les toques, tendrás que hacerlo. Hay unas cabinas privadas allí. —Señala ahora unas cortinas negras—. Los que más paguen por ti pasarán una hora contigo y tendrás que hacerles desde un baile privado hasta lo que te pidan. ¿Entendido? —Cierro los ojos para sujetar mis lágrimas y vuelvo a asentir—. Ven conmigo. —Me lleva hasta las escaleras del escenario y pide a Alacrán que se quede a mi lado. Él las sube y cuando está arriba, las chicas dejan de bailar, la música para y pide un micrófono. Cuando se lo traen, se dirige a todos—. ¡Hola, amigos! —La gente aplaude efusiva al verle—. Me encantan estos recibimientos —sonríe—. Esta noche estoy aquí para presentaros a una nueva chica que formará parte del club durante las próximas semanas—. Hace un gesto para que suba y me quedo paralizada—. Es un poco tímida —dice para ganar tiempo.

—Vamos, perra —Alacrán me obliga a subir y tiene que sujetarme mientras lo hago porque todavía soy incapaz de coordinar bien mis movimientos. Me acerco a él completamente avergonzada y trato de esconder mi rostro mirando al suelo.

—¿Os gusta? —Toma mi muñeca y me hace girar sobre mí misma. Gritan obscenidades, silban y aplauden—. ¡Tomaré eso como un sí! —ríen—. ¿Y si os digo que es virgen? —Los gritos son mayores esta vez. Todos parecen enloquecidos—. La condición es que quien se quede con ella debe respetar eso. Lo demás lo dejo a vuestra imaginación. —Apenas se le oye por el escándalo—. Ya sabéis cómo funciona. ¡Tomad vuestros pulsadores y a pujar! —Varios números comienzan a salir en una enorme pantalla. Cambian rápidamente y cada vez son más altos. Mi jefe entrega a una de las chicas el micrófono y baja del escenario.

—Buen espectáculo —le dice Alacrán—. Ojalá pudiera participar... me gustaría pedirle un par de favores a esta putilla... —Me mira suciamente y mi jefe le ignora.

—Te toca ganártelos para que las pujas sean mayores —me dice a mí—. Paséate por la sala y provócales. Hazles desearte y recuerda no hacer ninguna estupidez, te estaré vigilando.

Comienzo a caminar torpemente entre la gente, me siento tan avergonzada que soy incapaz de mirar a nadie a los ojos. Esto es sin duda lo peor a lo que me he enfrentado en la vida. Aunque todavía sigo bajo los efectos de la droga, ya no me inhibe de la misma manera. Siento sus asquerosas manos manosear mi cuerpo, algunos se atreven incluso a tirar de mi minúscula falda con la intención de arrancármela. Me obligan a beber varias copas, aunque no quiero. Nunca he tomado tanto alcohol y comienzo a sentirme mal.

De pronto, por los altavoces alguien anuncia que la puja ha terminado. Miro a la pantalla y veo una enorme cifra. Al no estar marcada en mi moneda, desconozco cuánto es al cambio. La voz me nombra y me pide que vaya a la cabina 5 para que pueda encontrarme con el cliente. El suelo parece tener vida bajo mis pies y tengo que caminar con cuidado para no caerme. Mi jefe me acompaña hasta las cortinas y las retira para que pase. Me señala un largo pasillo con varias puertas a ambos lados y me adentro para buscar la número 5. Cuando la encuentro, no lo pienso demasiado y la abro sin demora. Cuanto

antes empiece toda esta mierda, antes acabará.

Lo primero que veo nada más entrar son sus pies. No me atrevo a mirar más de él. Lleva puestas unas enormes botas militares y un vaquero claro. Juraría que se trata de alguien joven.

—Es increíble lo que es capaz de hacer la gente por dinero —dice con desprecio, y creo reconocer su voz. Instintivamente levanto la mirada para ver de quién se trata y mi corazón prácticamente se para al descubrirlo.

CAPÍTULO 11

R

—Faltabas tú... —Trato de parecer sarcástica, aunque me cuesta vocalizar. Seguro que ha venido a México con su padre.

—¿De verdad hay que llegar a esto para ganar un puñado de billetes? Mírate... —Me señala—. Das asco. Estás totalmente borracha y drogada. —No contesto y me giro con la intención de marcharme, pero me sujeta.

—Suéltame. —Intento escapar, pero apenas puedo hacer fuerza. Me agarra por los hombros y me pega a su cuerpo.

—He pagado una fortuna por ti y lo menos que debes hacer es complacerme. ¿No es eso lo que buscas? —Hay rencor en sus palabras.

—Déjame en paz. —Hago otro intento de huir, pero es inútil.

—No entiendo a las personas como tú. —Está tan cerca de mi cara que noto el calor de su aliento en las mejillas—. Podrías tener un futuro por delante pero has preferido agarrarte a lo fácil.

—¡Vosotros me habéis metido en esto! —grito. Sabe perfectamente lo que están haciendo conmigo.

—¿Crees que con echar las culpas a los demás limpiarás tu conciencia? Si estás aquí es porque tú lo has querido así.

—Eres el peor de todos... —El muy cabrón está tratando de convencerme de que estoy aquí porque quiero.

—Basta de cháchara inútil —dice de pronto—. Tú sabrás lo que estás haciendo con tu vida. Ahora eres mía durante una hora y no pienso malgastar más tiempo. —Me suelta y se aparta. Se sienta en una especie de butaca y me mira—. Baila para mí. —Cruza los brazos.

—No... —Siento un gran calor en la cara y empiezo a marearme.

—¡BAILA! —Es tan humillante y bochornoso lo que me está pidiendo que me quedo inmóvil y sin saber qué hacer.

—Deja que me vaya, por favor... —Camino con angustia hacia la puerta y rápidamente se echa sobre mí empujándome contra la pared.

—¿Ya no te gusta tu nueva vida? —Presiona mi cuerpo con su cadera para que no me mueva mientras se saca la camiseta—. Deberías haberlo pensando antes... —Toma mis muñecas y pone mis manos sobre su pecho—. Tócame. —Cierro fuertemente los ojos cuando siento su piel—. Dame placer, te he comprado para eso. —Baja lentamente mis manos por su musculoso cuerpo hasta que para en su ingle—. ¿Podrás mirarte al espejo después de esto?

—Déjame... —suplico. Suelta una de mis manos y agarra mi barbilla con fuerza. Me mira con rabia y antes de decir nada más, estampa su boca con violencia en la mía y comienza a besarme. Su respiración se acelera y trato de apartarme. Al notarlo, sujeta mi

cabeza con fuerza y muerde mis labios haciéndome, daño.

—Esto no es nada en comparación con lo que te harán otros. ¿¡Entiendes!?! —Aprieta mi mandíbula para que lo mire—. Si de verdad eres virgen como ha dicho mi padre, no sabes lo que te espera.

—¿Por qué me estáis haciendo esto? —No entiendo nada y lloro de impotencia.

—Nadie te está haciendo nada que no quieras. —¿A que está jugando? ¿Trata de confundirme? La situación comienza a tornarse irreal y un malestar se apodera de mi cuerpo.

—Por favor... —digo con sensación de ahogo—, déjame ir, no me encuentro bien. — Mi espalda comienza a resbalar por la pared.

—¡Sara! —Su voz se oye como dentro de una botella—. ¡Eh! ¡Sara! —Parece como si se estuviera alejando a kilómetros de mí, y finalmente dejo de oírle.

R

—Está despertando —Alguien habla.

—Maldita zorra. Por su culpa voy a perder un montón de pasta... —Abro los ojos y descubro que estoy dentro de un vehículo—. Vámonos. Es tarde.

Un motor arranca y nos movemos. Poco a poco vuelven mis sentidos y me incorporo lentamente. Enfoco y veo que Alacrán está al volante y mi jefe, sentado a mi lado.

—¿Le van a devolver el pago, jefe? —le pregunta Alacrán.

—Sí... es alguien nuevo y no queremos perderle como cliente. Debe de tener mucho dinero. —Arruga su frente y se gira hacia mí. Toma mi brazo y lo aprieta con fuerza—. Que sepas que por tu puta culpa la persona que te compró ha pedido que le reembolsemos el dinero porque no fuiste capaz de mantenerte en pie. No imaginas lo que está aumentando tu deuda conmigo... Tendré que buscar una manera de cobrarme por todas las pérdidas que me estás generando.

No sé muy bien de qué me está hablando. Todo está borroso en mi memoria.

—Jefe, ¿llegaste a ver al nuevo cliente? —Alacrán vuelve a preguntar.

—No. Pidió discreción. Debe de ser algún famoso al que le va el morbo y por eso se oculta. Imagino que no querrá que la prensa se entere. Ya hemos tenido a varios así. — Me mira—. ¿Te dio tiempo a verle?

—¿A quién? —respondo, confusa. Todavía no sé de qué están hablando.

—Al de la cabina 5 —De pronto todo viene a mi memoria.

—Sí. —Pongo la mano en mi sien. La cabeza me duele a horrores.

—¿Quién era? —pregunta mi jefe intrigado—. ¿Le reconociste?

—Era su hijo, señor... —Estalla en risas y no entiendo la razón.

—¿Mi hijo? —vuelve a reír—. La droga debe haberte jodido el cerebro y estás alucinando.

—Le estoy diciendo la verdad... —Todo esto cada vez es más raro. ¿De verdad no sabe que la montaña de carne está en la ciudad?

—Mi hijo jamás vendría por aquí después de... —Se calla como si se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de decir algo que no debería, y el resto del camino lo hacemos en silencio.

Llegamos a la finca y la zona parece diferente. Es totalmente distinta a la luz de la luna. Bajamos del coche y mientras caminamos observo la iluminación. Hay cientos de farolas

por todas partes y la piscina brilla como si fuera de plata. Levanto la mirada hacia el tejado para ver cuántas plantas tiene el edificio y veo una especie de bulto caer por la fachada. El ruido cuando impacta contra el suelo pone toda mi piel de gallina.

—¿Has visto eso? —dice mi jefe.

—Joder... —contesta Alacrán, y los dos se miran. Parecen saber lo que ha pasado.

—¡Te dije que aseguraras bien las ventanas!

—Dios mío... —Creo imaginar qué es lo que ha pasado.

Alacrán corre hasta la zona donde ha caído y dos minutos después está de vuelta.

—Ha sido la rusa que trajimos hace tres meses.

—¿Está muerta? —pregunta mi jefe como si no le afectara.

—Sí, no hay nada que hacer. Se ha abierto la cabeza.

—¡Dios mío! —Pongo las manos sobre mi boca para acallar un grito.

—Súbela al coche y entiérrala cerca del río, como a las demás. Con suerte no la encontrarán.

Mi pulso se acelera y comienzo a hiperventilar horrorizada. «¿Como a las demás? ¿Cuántas chicas han muerto aquí?». Aunque intento no hacer ruido, varios gemidos de angustia salen de mi garganta y los dos me miran.

—Llévate a esta primero a su habitación. Cuanto menos vea, menos aprende. — Alacrán obedece. Agarra mi brazo y tira de mí.

Estoy tan traumada que casi no puedo respirar. No puedo creer que existan personas así. No tienen ningún tipo de sentimientos y nos tratan peor que a animales. No les ha importado lo más mínimo lo que ha pasado con esa pobre chica y van a deshacerse del cadáver como quien tira una bolsa de basura. ¿Y sus padres? ¿Y sus hermanos? ¿Van a dejar que sigan buscándola toda la vida? La imagen de mi madre viene a mi mente y el llanto me acompaña. Mi pobre madre, cuánto estará sufriendo sin saber nada de mí...

Nada más llegar a la habitación me empuja de mala gana y Ana se despierta.

—¿Estás bien? —Se levanta y viene hacia mí—. ¿Te han hecho algo?

—No, tranquila. Todo está bien. Nadie me ha tocado. —Intento calmarla. Está muy pálida y ojerosa.

—¿Dónde te han llevado? He podido ver por la ventana que te sacaban de la finca en coche.

—A una especie de club donde bailaban varias chicas.

—¿Te has fijado en el camino? ¿Sabes si hay alguna forma de escapar?

—No recuerdo absolutamente nada, Ana. Por desgracia salí de aquí drogada y fui incapaz de fijarme.

—Mierda —dice mientras se sienta en el colchón—. Cuéntame todo lo que seas capaz de recordar.

Subo a la cama de arriba y me echo para estar más relajada. Parece que alguien me estuviera martilleando la cabeza. Durante varios minutos narro todo lo que recuerdo. Tengo varias lagunas mentales, pero consigo hilar algunas cosas. Se sorprende con todo lo referente al hijo del jefe y se apena cuando le cuento lo ocurrido con la chica rusa. Al parecer, la conocía. Había coincidido un par de veces con ella en el salón mientras los clientes elegían chicas a las que llevarse a la cama. Me siento tan cansada que no tardo en quedarme dormida.

A la mañana siguiente Ana no está en la habitación. Deben de habérsela llevado y no me he enterado. Algunos días vienen a por ella muy temprano y la traen de madrugada.

No me extraña que las chicas prefieran morir antes que tener que soportar esto... Paseo por la habitación tratando de encontrar alguna forma de salir. Intento abrir la ventana, pero es imposible. Además de estar cerrada con llave, hay una gran reja en la zona de afuera y está demasiado alta.

Las horas pasan y mi estómago protesta, hoy no me han traído ni una sola ración de comida y está a punto de anochecer. Lo único bueno de todo es que no ha habido sobresaltos. Cada vez que la puerta se abre nunca sé qué es lo que va a pasar. Como si oyeran mis pensamientos, alguien entra.

—Tienes que prepararte. —Lorena me lanza una toalla—. Ven conmigo.

Como en las veces anteriores, entro a las duchas y me pongo la minúscula ropa. No tengo ni idea de a dónde vamos esta vez.

Cuando estoy lista, Alacrán me acompaña hasta el coche y lo único que me dice es que volvemos al club. Me extraña que no venga el jefe, pero no pregunto. Esta vez sí me fijo en todo. Memorizo el camino con la intención de no perderme en el campo si consigo escapar y también de contarle a Ana todos los detalles posibles.

Cuando llegamos, alguien nos está esperando en la entrada.

—Entrad por aquí —le dice a Alacrán y nos abre una pequeña puerta—. Así no habrá problemas... El cliente ha dejado claro que no quiere que nadie manosee su mercancía. Si pasáis por la principal, todos los que hay dentro querrán tocarla —asiente y pasamos al interior.

Es el mismo pasillo que recuerdo, pero esta vez estamos al final. La numeración de las cabinas empieza por el número 30 y va disminuyendo.

—¿En cuál está? —Alacrán arruga su cicatriz mientras se rasca la cabeza.

—En la 5 —contesta el hombre. Parpadeo rápidamente y pienso en la noche anterior. Es la misma en la que estaba el hijo del jefe...

—Vamos —me dice—, ya sabes qué tienes que hacer.

Camino temerosa y busco el número. Cuando llego, mis manos y piernas comienzan a temblar. La decisión con la que abrí ayer hoy está perdida. Giro la cabeza esperando que ya no estén para salir corriendo, pero para mi desgracia allí siguen, y me hacen gestos para que entre. Tomo una gran bocanada de aire y giro el pomo. Respiro profundamente tres veces más y paso al interior. Levanto la mirada y, como temía, ahí está mi pesadilla... el ser más despreciable del planeta sentado en la butaca y sonriendo satisfecho.

—Apuesto a que con el numerito del desmayo creías que te habías librado de mí.